



EL AMERICANO

Bypils

Eusebio y la Bruna.

En un pueblo de la Jacetania, 2023

La Bruna ladra.

Ha dejado de nevar y quiere salir a jugar con la nieve.

Eusebio también. Necesita respirar aire fresco. No ha nevado en todo el invierno, pero cuando lo ha hecho, ha sido con ganas y lleva tres días, encerrado en casa. Hace frío y la nieve se ha ido acumulando. Tiene que esperar al sol, para que le sea más fácil limpiar la entrada. Sus rodillas ya no son lo que eran y esa tarea le va a llevar un buen rato. La Bruna ladra y ladra. Se le acerca y le empuja con la cabeza hacia la puerta. Hay alegría en el ladrido.

-Vale, vale. Ya voy.

En el pueblo no hay nadie. Durante la semana, solo vive él. El fin de semana la cosa se anima. Llegan los que viven en Pamplona, Barbastro y Zaragoza.

Al principio, a Eusebio le alegraba la presencia de sus vecinos, siempre dispuestos a compartir unas buenas migas y sobremesas interminables con el pacharán casero que hacía con las endrinas que sobresalían de la valla de piedra de su huerto, pero, a medida que fue pasando el tiempo, se sentía más

cómodo en su soledad y los viernes, lo que deseaba con todas sus fuerzas es que llegara el domingo y se fueran.

Eusebio Flórez había sido inspector de policía en Barcelona durante cuarenta años y cuando llegó el momento de su jubilación, decidió vender su piso en el Eixample y mudarse, definitivamente, a la casa que sus abuelos tenían en el pueblo. No tenía hijos ni pareja y sí que tenía muchas cosas que olvidar así que recluirse en un lugar que adoraba, le parecía la mejor opción para el último ciclo de su vida.

El pueblo, que nunca quería nombrar para que nadie lo descubriera y fuera a aguarle la fiesta, había sido el destino de sus veranos. Allí había descubierto la libertad, el campo y la naturaleza durante su infancia, las fiestas y las mozas en su adolescencia y la paz en su madurez. Cuando estaba estresado por alguno de sus casos o se bloqueaba en su investigación, cogía el coche y conducía durante cuatro horas, para llegar la casa de los abuelos, y ...pensar.

La casa, la heredó a la muerte de sus padres y durante años, había estado acondicionándola para poder vivir confortablemente. Lavabos nuevos, un salón con vistas al pequeño huerto provisto de una televisión muy grande que no encajaba con las medidas de la estancia pero que le permitía ver “como si fuera el cine” los partidos de fútbol del Barça y las películas en DVD que tenía a cientos. En la vieja cocina de piedra, había instalado una placa de inducción con campana extractora incluida. Un fregadero de acero

inoxidable y un lavavajillas que casi nunca utilizaba porque como vivía solo, fregaba los platos en un santiamén. Había conservado la cadiera y la chimenea original. Le recordaba las comidas con los abuelos, tostando pan y asando morcillas y longanizas...

La Bruna ladra. *Qué pesada*. Justamente, en ese instante, está delante del fuego. Se ha calentado una taza de café y anda ensimismado pensando en los corrales que hay al final de la calle Alta. Ya hace muchos años que nadie los arregla y Eusebio se teme que, con el peso de la nieve, se hayan venido abajo. Desde que está en el pueblo, cualquier cosa de allí, sea un árbol, una piedra o un tejado forma parte de su familia. Todo eso y la Bruna.

Le da pereza salir, pero un poco de aire fresco le vendrá bien y podrá ir a ver los corrales.

Se abriga, coge la pala y abre la puerta. Tiene trabajo para sacar la nieve acumulada.

La Bruna lo ayuda de forma entusiasta, escarbando con sus patas, mucho más rápido que lo que él llena la pala. La nieve le llega a las rodillas y el aire es frío pero el cielo está de un color entre gris y plateado de una belleza intensa y el paisaje se ha cubierto de un espeso manto blanco. Los árboles, las calles, la barandilla del pequeño mirador, los tejados, los caminos

vírgenes e inmaculados. El agua que discurre por las tejas se ha congelado y todas las fachadas están decoradas con carámbanos de hielo.

La Bruna ladra mientras hunde sus patas en la nieve. Parece tonta.

Eusebio la observa a lo lejos. Está cansado. Las nubes de vapor que salen de su boca cada vez son más frecuentes. Su respiración se está agitando y eso no le conviene. Para unos minutos y endereza la espalda. No se ha puesto el colgante de llamada de emergencia a la Cruz Roja e igual debería hacerlo. No tiene por qué pasar nada, pero la nieve y el hielo son traidores. Así se murió su abuelo. Desnucado por un resbalón en un tramo de hielo...Aun así, no coge el artilugio y sigue despejando la entrada.

Cuando acaba, valora ponerse a caminar sobre cincuenta centímetros de nieve, pero decide que una cosa es la Bruna y otra cosa es él y sus rodillas. No se ve capaz de llegar a los corrales.

Deja la puerta abierta para que la casa se ventile.

No hay nadie a la vista. Nadie.

En los años cuarenta, el pueblo había tenido su máximo pico de población con unas 230 personas censadas. Ahora, en el 2024, hay censadas 13 personas, pero sólo vive él de forma permanente, como primera residencia y todo el año.

Durante sus solitarios paseos, muchas veces ha pensado que le gustaría ver el pueblo revitalizado, con nuevas vidas, nuevas familias, nuevos proyectos que lo saquen de esa lista de pueblos condenados a desaparecer, pero cuando llega el verano y la población aumenta hasta cuarenta personas, desea que se vacíe...

Se sienta en el sillón ergonómico que ha colocado delante del brasero. La corriente de aire frío que entra por la puerta, le molesta. Cuando vuelva la perra, cerrará a cal y canto hasta que pase la tempestad. Se esperan dos días más de nevadas. No sabe porque se ha molestado en despejar la entrada, pero aún tenía la esperanza de poder dar una vuelta al pueblo para ver cómo estaba todo. No había mucho que recorrer más que sus cinco calles y la zona de la iglesia.

La pequeña iglesia siempre le había fascinado. Una construcción preciosa que le daba mucha paz cuando la rodeaba, paseando, fijándose en todas y cada una de sus piedras. Era una joya románica, construida a finales del S.XII que se había restaurado y se conservaba en excelentes condiciones, todo gracias a la acción incansable de una vecina, de una de las familias más antiguas del pueblo y una asociación de amantes del arte románico que no paraban de incordiar a la diputación de Huesca para conseguir su conservación.

Al lado de la sacra edificación, está el cementerio y contra todo pronóstico, le gusta. Está vallado con un muro de piedra natural y tiene una gran portón de madera. La cerradura es muy antigua y la llave de hierro que la abre, es enorme y pesa mucho. Ahora la tiene él en su casa, ya que como es el único que vive allí, se ocupa de hacer visitas de control y, todo hay que decirlo, visitas emocionales. Allí están enterrados sus abuelos y sus padres y es el lugar donde sabe que acabara él.

Ya lo ha dejado todo dispuesto. No le provoca ninguna sensación siniestra. Al contrario, entra allí regularmente, saca las malas hierbas de todas las parcelas y aprovecha para tener las charlas que nunca tuvo con sus seres queridos. Si en la comisaria lo vieran en pleno monólogo en el cementerio, no se lo creerían. Eusebio era considerado una persona un tanto tosca.

Una psicóloga forense con la que colaboró en diversas ocasiones, había dicho de él que era muy *terrenal* así que explicarle a la tumba de su padre que las gallinas habían sido atacadas por un lobo, “porque la Bruna seguro que no las toca”, era un espectáculo digno de análisis. Es posible que la soledad lo haya cambiado...

La Bruna entra en la casa.

Eusebio se levanta y cierra la puerta. Está perdiendo calor y tendrá que poner más leña.

-Vamos a comer que ya es hora.

Y, con una habilidad asombrosa, Eusebio Flórez pela las patatas, la cebolla, bate los huevos y se prepara una tortilla de patatas deliciosa.

A la Bruna le encanta.

Han pasado dos días y el sol luce espléndido. El cielo es muy, muy azul y, aunque hace frío, apetece salir a pasear. La nieve se ha ido fundiendo y el pavimento está húmedo y resbaladizo. Eusebio camina con cuidado mientras se acerca a los viejos corrales. Siente una punzada de desilusión cuando ve que uno de ellos tiene el tejado hundido. La estructura ha ido desapareciendo poco a poco y lo que fue el corral de Casa Samter, ahora es una ruina. Un montón de piedras, tejas y madera podrida. La primavera que viene estará cubierto de maleza...

Lleva la llave del cementerio. El árbol que ha crecido al lado de la tumba de su familia tiene unas ramas quebradas y es posible que la tempestad de nieve las haya tronchado.

Llama a la Bruna. Hace un rato que no la ve, seguro que está cazando algo.

-Bruna, me voy al cementerio. -grita para que la perra sepa dónde encontrarlo.

Le cuesta abrir la puerta. La cerradura ha cedido y la guía está desencajada.

Tarda unos minutos en dar las dos vueltas enteras. La llave está helada.

Las ramas se han quebrado, pero no han caído encima de la lápida. Las amontona a un lado y piensa que no ha cogido el hacha.

-Bruna, me voy a casa que me he olvidado el hacha.

Vivir solo y tener tiempo ha cambiado su ritmo vital. Ha pasado de investigar crímenes e incluso a asesinos en serie a tener objetivos simples. Ir a ver el corral, sacar las ramas, ir a buscar el hacha, cortar las ramas, apilar las ramas, ir a buscar la carretilla.

-Bruna me voy a buscar la carretilla.

Esta vez, la Bruna aparece a su lado. Mueve el rabo, está contenta. De repente, se para y yergue las orejas. Da la vuelta y corre hacia el camino de entrada. Un coche se acerca, se oye el motor.

La Bruna ladra.

Una camioneta Volkswagen de color verde, se acerca a la calle Alta. Eusebio no la reconoce y se queda a la espera, parado en la calle. No es habitual pero tampoco raro que alguien se pase el desvío del río y acabe en el pueblo sin querer. Si fuera verano, podrían ser esos turistas que vienen a conocer la iglesia siguiendo la ruta románica del Alto Aragón, pero, ahora, en invierno, está seguro de que será algún despistado.

Aparca en donde la calle es más ancha. La Bruna ladra sin descanso. No le gustan los forasteros.

-Bruna, calla y ven aquí.

Siempre le sorprende ver como la perra le obedece sin rechistar. Ya la tiene al lado y le acaricia el costado, para tranquilizarla, mientras observa al chico que baja de la camioneta.

-Válgame, Dios, Vaya pintas me lleva el cabrón. - murmura intentando aparentar una sonrisa cordial. - Buenos días, ¿te puedo ayudar en algo?

El chico no debe tener ni treinta años. Lleva el pelo largo, con esas trenzas retorcidas, al estilo jamaicano. Una de ellas, es de color azul. Todo el mondongo de pelo rastra, está recogido en una coleta-moño que se dispara en todas las direcciones. Eusebio nota que a la Bruna le está costando no ladrar y a él, también.

Va vestido con unos pantalones que le van muy grandes y se le descuelgan por el culo y una camiseta desteñida en la que aún se lee “No hay planeta B” y aunque sea de manga larga, se le nota el frío que tiene. Saluda con la mano y se da la vuelta. Eusebio se felicita a sí mismo, ni hablar ha hecho falta para que se vaya, pero el chico retoma el camino en su dirección esta vez, abrigado con un anorak de un color naranja chillón. Perderse, no se va a perder-piensa Eusebio

-Buenos días. Soy Ignacio, de Casa Cirilo.

-Anda, ¿el pequeño Ignacio eres tú?

Casa Cirilo, la de Ángel y Matilda. Los recuerda de su infancia, ya mayores. Tuvieron un hijo, Ignacio que se casó con una chica de Zaragoza, Margarita. Se fueron a vivir a la capital y solían venir todos los años, en agosto, con su hijo, el pequeño Ignacio. Con los años, las cosas les fueron bien y se compraron una casita frente al mar, en Salou, en la costa de Tarragona, y dejaron de venir en verano. Después, se dejaban caer alguna vez, alguna Semana Santa...Las visitas se fueron espaciando. Ignacio murió en un accidente de tráfico ya hacía diez años. Y hacía dos, Margarita. No pudo ir a su funeral. Eran los días del asesinato del profesor de literatura que tenía a Barcelona conmocionada y él estaba al cargo de la investigación, pero si recuerda que les envió flores y su pésame. Si le avisaban, siempre estaba al tanto de la gente del pueblo.

-Sí, ese soy yo. He venido a pasar unos días en casa de mis abuelos y reparar alguna cosa, que la última vez que vine, se me encogió el alma al ver las goteras en el tejado. Si mi padre viviera, ya estaría arreglado. ¿Le conozco? Me suena su cara, pero...

-Soy Eusebio. El hijo de Aurelio, de Casa Aurelio, claro. Cuando tú correteabas por aquí, yo ya tenía mis años...

- ¡Sí! Creo recordarte a ti y a los primos que venían de Madrid. Me dabais envidia, siempre de fiestas por estos pueblos. ¿Estás de vacaciones?

-No, me he jubilado y vivo aquí.

- ¡Qué bien! Pensaba que ya no vivía nadie en el pueblo de forma permanente. Me alegra tener otra alma con la que contar.

Lo de *alma*, no le suena bien a Eusebio. Muy filosófico...

La Bruna, en cambio, parece encantada con el visitante. Ya se ha acercado a él y están jugando. Ha sacado una pelota de tenis de la furgoneta y se la tira hacia el solano. Y la tonta, que no lo conoce de nada, sale disparada hacia la bola amarilla como si le fuera la vida.

- ¿Cómo lo hago para bajar la furgoneta hasta la casa?

-No vas a poder-le responde Eusebio mientras vigila a la Bruna que no encuentra la pelota-tienes que aparcarla aquí y bajar lo que lleves a mano. Yo tengo una carretilla. Mucho no te voy a poder ayudar que tengo la espalda y las rodillas jodidas.

-No hay problema. Tengo todo el tiempo del mundo. Voy a bajar primero a la casa, a ver si puedo abrir la puerta que la última vez, casi se me queda la llave atrancada.

Cuando la Bruna vuelve, Ignacio ya está bajando por la calle Mayor.

Eusebio se enfada con ella, porque cuando le extiende la mano, Bruna lo mira, mira a Ignacio y se va tras él con la pelota en la boca.

-Mal empezamos, traidora. -Masculla mientras camina hacia casa para sacar la carretilla del zulo de las herramientas.

Eusebio, la Bruna e Ignacio.

Durante todo el día, ve a Ignacio ventilando y limpiando la casa. A las tres, cuando Eusebio está a punto de dar el primer bocado al bocadillo de longaniza que se ha preparado, llaman a la puerta.

- ¿Quién será? – pregunta irónico.

-Eusebio, perdona que te moleste, ¿me puedes dejar la carretilla? Ya he despejado todo para entrar el material. Por cierto, qué bien huele aquí...

Eusebio lo mira. Está sudando a pesar del frío y se le ve agotado. También mira su bocadillo. Le ha quedado una longaniza en el fuego. Se ha hecho dos, pero al final, ha decidido comerse solo una. No hay salida.

- ¿Has comido? ¿Quieres un bocadillo de longaniza?

No ha acabado la frase que Ignacio ha entrado en la casa y se ha sentado en la mesa.

-No te voy a decir que no.

Vegano no es, piensa mientras le prepara el plato. Hace semanas que no come en compañía y se le hace raro. De vez en cuando, se deja caer por el pueblo el *Chispas*, un electricista también jubilado que lo sigue arreglando todo y comen juntos. El Chispas, Eusebio y la Bruna se dan un festín cuando trae

chuletones de unos primos que viven en Bilbao. Hace tiempo que no ve al Chispas. Le dio un ataque de ciática y sale poco de casa.

Comer con Ignacio, contra todo pronóstico, le resulta agradable. Las pintas que lleva ha hecho que lo juzgue muy rápidamente, defecto profesional, pero resulta que el chaval es ingeniero y tiene un buen trabajo.

Le explica que se ha cogido unos días libres para hacer el mantenimiento de la casa, pero, que, tras la pandemia, ha valorado venirse a vivir aquí, ya que su trabajo lo puede hacer desde cualquier lugar. Eusebio no entiende nada de lo que le explica de programación, IOT y chips, pero está seguro de que aguantará en el pueblo una semana, dos como máximo, así que está tranquilo. Tendrá unos días de compañía, pero después podrá volver a su amada soledad.

A todo esto, recuerda que tiene que recoger las ramas caídas del árbol del cementerio.

-Ignacio, cuando acabes con la carretilla, me la dejas en la puerta del cementerio que tengo que ir a recoger leña que he dejado dentro. Se han caído unas ramas con la nevada.

A las cinco de la tarde, se despierta de su siesta. Ya es oscuro y no podrá ir al cementerio. Abre la puerta de casa, y en la entrada, está la carretilla con las ramas perfectamente apiladas.

La luz de Casa Cirilo está encendida y resplandece en la oscuridad del pueblo.

Dos almas...

Ignacio ha estado arreglando el cableado eléctrico de la casa, ha reparado unas baldosas del baño y está esperando que los transportistas le traigan un inodoro, una placa de inducción para la cocina, una lavadora y una nevera.

-El camión es demasiado grande para entregar en la puerta del domicilio- le comenta preocupado a Eusebio- pero supongo que tendrán carretillas más grandes. Si me apuras, lo podemos bajar cargándolo a mano.

Eusebio no le dice que lo más habitual es que los que vienen a entregar desde Zaragoza, se suelen perder en estos caminos. No es habitual que se cumplan las franjas horarias que te indican, pero, a la hora prevista, la Bruna se pone como loca y corre hacia la entrada del pueblo. La camioneta con el rótulo Transportes Gil, ha llegado con el pedido de Ignacio.

Entre los tres y la carretilla, bajan todo hasta la puerta de Casa Cirilo. El transportista se despide y Eusebio se queda para ayudar a su vecino.

Hace mucho tiempo que no entraba en aquella casa y se queda maravillado con lo que Ignacio está haciendo allí. Lleva dos veranos reformando aquí y allá. Ha respetado las paredes de piedra, los sillares, la cadiera, la pica de piedra de la cocina que, de tan pulida por el uso, brilla como si fuera de acero inoxidable.

Las escaleras que llevan a la planta superior son las originales y también, las vigas de madera que sustentan la falsa en la que hay dos habitaciones con un ventanuco cada una, desde las que se ve la torre de defensa y más allá, las ruinas de un pueblo abandonado.

Recuerda la plaza del pueblecito y sus diez casas, en una única calle que iba en línea recta. Había ido con su abuelo a una misa en la pequeña iglesia que estaba en la entrada y recuerda que había una escuela, aunque en aquella época ya estaba en desuso porque no había suficientes niños. Hasta los años setenta, estuvo habitado. Una mujer viuda vivió allí, durante más de diez años, sin ningún vecino más, hasta que murió.

Finalmente, el pueblo quedó totalmente deshabitado.

Las diez casas se fueron consumiendo igual que la escuela y la iglesia. Con los años, el lugar era un montón de piedra, cubierta de maleza que impedía el paso. De vez en cuando, los descendientes de los antiguos vecinos desbrozaban el camino y lo que quedaba del pueblo, pero, el remedio fue peor que la enfermedad, y al poco tiempo, las pocas piedras y objetos que significaban algo fueron expoliados. De la pequeña iglesia, una joya románica del S. XVII, se llevaron los dos arcos de la fachada y esta se desmoronó. También desapareció la pila bautismal y el letrero de piedra en el que rezaba “Escuela Nacional”.

Hoy en día, ya no se puede acceder al lugar. La vegetación lo vuelve a ocupar todo.

El pecado de ese pueblo fue no tener un carretil de fácil acceso y ser pocos.

Cuando se quemó el generador de electricidad por el impacto de un rayo, no se reparó.

Eran pocos. Volvieron al candil.

Nunca llegaron a tener agua corriente.

Eran pocos y ya se apañaban bajando a por agua a la fuente del barranco, con los machos cargados de cántaros.

Y como eran pocos, ni carretera, ni luz, ni agua.

Eusebio recuerda que, allá por el inicio de los años ochenta, se inició el asfaltado de las calles y la llegada de agua corriente.

Él tenía veinte y pocos y cada año, venía de Barcelona para asistir a las fiestas del pueblo y de los pueblos de alrededor. Acostumbrado a lavarse en barreños, fue como un milagro, poder ducharse, abrir un grifo y que saliera agua...

En esa época, el pueblo contaba con un gran aliado: su alcaldesa.

Hija del pueblo. Había nacido en una de las casas más antiguas e importantes.

Soltera, por aquello de un novio fallido que le arruinó la vida y la reputación, se quedó a vivir en el pueblo con su hermano, pastor. Querida por todos y avanzada a su tiempo.

Era una mujer resuelta y constante. Muy constante.

De ella se decía, que para conseguir las mejoras que el pueblo necesitaba, iba caminando hasta la parada del autobús, casi amaneciendo y a siete kilómetros de distancia. Cuando llegaba a Huesca, después de una hora de camino, se sentaba en la sala de espera de la Diputación y no se movía de allí hasta que no la atendían.

Luchó por la supervivencia del pueblo vecino, pero no consiguió que la escucharan.

Eran pocos...

Y ahora que piensa en ella, en la querida alcaldesa, Eusebio se da cuenta que nadie le agradeció ni le ha agradecido lo suficiente lo que hizo por aquel pueblo perdido en el Pirineo.

Ignacio lo llama desde la planta baja.

- ¡Eusebio! ¿Todo bien?

Aparta sus recuerdos y mira las ruinas, ahora cubiertas de verde. Mientras baja la escalera, con cuidado, que la piedra está reluciente y parece resbaladiza, le cuenta la historia de ese pueblo abandonado. Ignacio también la conoce. Su padre iba a allí a jugar y de excursión con los amigos. Leyó la noticia del robo del arco de la iglesia en el diario de Zaragoza.

-Mi padre me dijo una vez que esa iglesia tenía unos arcos muy valiosos. Durante un tiempo, en los años cuarenta, creo, se instaló un irlandés, que se dedicó a estudiar, fotografiar y documentar los arcos. Algún listo los debe haber puesto en su casa o su jardín...

Eusebio se pasa toda la mañana ayudando a Ignacio. Colocan la lavadora en el lugar que le corresponde, lo mismo con la nevera. Sostiene el inodoro mientras él lo fija al suelo. Al mediodía, lo deja con las instalaciones eléctricas y se va a comer algo.

Ignacio es joven y sigue trabajando sin descanso. Él haría lo mismo.

Cuando se despide, Ignacio se despeja el sudor de la frente y con una sonrisa , le da las gracias.

-De verdad, sin ti hubiese sido muy difícil.

Eusebio lo ve tan cansado que lo invita a cenar a su casa. Será simpático con el chaval.

Total, solo van a ser unos días.

-Te espero a las ocho y media. Bruna, vamos.

Las cenas se convierten en costumbre.

Durante el día, Ignacio no para de trabajar en la casa y al atardecer, ya duchado y tranquilo, va a casa de Eusebio a cenar. Al chico le apasionan los quesos y en uno de sus viajes de compras a Jaca, ha traído un surtido de quesos, entre ellos el del Valle del Roncal que tanto le gusta, jamón de jabugo, chorizo y longaniza. También había ido al molino a buscar el pan y unas tortas, a las que se había aficionado para desayunar.

La Bruna es feliz.

Se está comiendo más carne que nunca en aquella casa. Eusebio debe tener cuidado que después se le dispara el colesterol, pero, piensa, que solo van a ser unos días. Aun así, Ignacio no desfallece y lejos de estar aburrido por los inconvenientes que tiene vivir en el pueblo, cada vez está más entusiasmado con la idea de quedarse un tiempo más largo, a ver qué tal.

Bueno, ya veremos. Una vez vino un okupa a una casa que estaba en venta y no aguantó ni dos semanas.

Ese noche a Eusebio le duelen más las rodillas de lo que es habitual. Los cambios de tiempo le fastidian y le hacen recordar que aquellas patas ya tienen demasiado recorrido. Ignacio le propone ir al día siguiente a los baños curativos que están más allá de la foz del pueblo abandonado.

Es un optimista nato. Primero por creer que aquel barro maloliente cura algo y segundo, por pensar que aún hay agua en aquella balsa.

-Ni agua ni barro. Llámalo cambio climático o lo que sea, pero aquello está seco. Algunas veces, pocas, si llueve mucho... Ya no es lo mismo que cuando tus padres iban allí, te lo aseguro. Yo nunca creí en ese lodo maloliente, la verdad. O me inflo de antiinflamatorios o me pongo prótesis. No hay más.

-Pues yo sí que creo en el poder curativo de la naturaleza. Las fuentes termales, los minerales, todo eso está ahí y nuestros mayores sabían como utilizarlo. ¿Por qué no volver a muchas de aquellas cosas y mejorarlas con el desarrollo de hoy?

Eusebio lo entiende. Hasta lo envidia. La edad, esa juventud arrolladora sirve para eso: para planear, para ilusionarse. Para que la realidad no te aplaque. Lo deja hablar. El vino de Somontano que ha traído está buenísimo.

-El otro día me miraba las viñas- sigue Ignacio- están mal pero aún no han muerto. ¿Por qué no intentar recuperarlas? Ahora hay variedades resistentes a la sequía que podían probarse aquí. También se podría poner en marcha una producción de huevos ecológicos. Muy limitada, pero de mucho nivel. Y, la Casa Samter, que está a punto de irse a la mierda, ¿por qué no hacer un hotel rural allí? O la Casa Americano...

-Déjate de Hoteles- le contesta Eusebio. La simple mención a un hotel en el pueblo, lo había despertado de golpe-esto es tranquilo y perderíamos esta paz. ¿Te imaginas gente aquí, arriba y abajo? Ni hablar.

-Te hablo de algo pequeñito, de cuatro o seis habitaciones. Para gente interesada en el románico, que esté haciendo el Camino de Santiago o que quiera estar unos días en un entorno rural virgen. Turismo sostenible, de bajo impacto. Por supuesto, absolutamente ecológico. Imagínate, si encima, pudiéramos ofrecer nuestro vino y desayunos con esos huevos excepcionales.

- ¿Pudiéramos? A mí no me metas en eso. Yo ya estoy jubilado y no creo que vea todo eso que dices. Me gustaría pensar como tú, pero suelo ser pesimista y, además, no quiero estar con gente. Entre la gente, siempre puede haber alguien peligroso. ¿Para qué exponernos más? Sí, igual mi profesión me ha dejado tocado, pero aquí somos los que somos y está todo más controlado. Y, después, tienes lo de la burocracia. Comprar las casas. ¡Ja! Los herederos aún se están peleando por cómo repartir y no te harán ni caso. Los permisos. ¿Te dejarán hacerlo? Los vecinos, ¿querrán? Muy fácil no veo la cosa, la verdad.

-Y, entonces, si no podemos ni intentarlo ¿de qué sirve hablar de la España vacía? ¿vamos a dejar morir los pueblos? A veces pienso, que, si un día tengo hijos, no debo condenarlos a vivir entre el humo tóxico de la ciudad, comiendo porquería y teniendo cuidado en donde van a jugar.

-No sé qué responderte, Ignacio. – Y es verdad que Eusebio no tiene las palabras, ni tampoco las respuestas. Tiene razón, pero él no quiere que la tenga. Y del hotel, ni hablar.

-Bueno, Eusebio, te dejo que voy a enviar unos archivos a la ingeniería. Tengo que irme hasta la entrada del pueblo que aquí abajo me falla la conexión. Llamaré a la compañía a ver si pueden poner un amplificador en algún sitio.

-Buenas noches, Ignacio. Nos vemos mañana, si Dios quiere.

Antes de irse a dormir, Eusebio decide acabarse el vino. Solo queda media copa. Recuerda que su padre le contaba que el pueblo había llegado a tener doscientos cincuenta vecinos. Eso es mucho para su gusto, pero no puede evitar imaginar cómo sería ahora lleno de vida. Fantasea con niños corriendo por la calle, una escuela, un médico y a ser posible, un Bar dónde además vendieran las cuatro cosas básicas.

Y, sí, puede ver claramente el campo de las viñas recuperadas, allá a lo lejos.

Han pasado ya quince días desde que llegó Ignacio y a Eusebio se le ha hecho corto. Se ha acostumbrado a la compañía de ese hombre joven tan lleno de energía, pero, tal y como había pronosticado, a las dos semanas Ignacio se marcha.

Lo único que a Eusebio le alegra es que se ha equivocado en una parte de su predicción: se va a comprar más material, va a buscar unos papeles y a dejar los temas resueltos en la ingeniería en la que trabaja porque tiene intención de volver para hacer una “prueba de vida”.

Es la primera vez que el exinspector de policía Eusebio Flórez, escucha la expresión “Prueba de vida” en un contexto diferente y le gusta.

-Aquí te espero.

La Bruna corre detrás de la camioneta mientras Ignacio se aleja.

Eusebio vuelve a la soledad deseada y, la verdad, no le cuesta volver a acostumbrarse a qué solo haya una luz encendida en el pueblo. La de su casa.

No pasa nada más que lo que tiene que pasar al ritmo de la naturaleza, hasta que un día, aparece un coche con matrícula francesa en la entrada del pueblo.

Bajan dos hombres y una mujer. Dan una vuelta por la iglesia y recorren las calles, diciendo *¡Hola! ¿Hay alguien?* Eusebio los oye cuando ya están en su puerta.

La Bruna no ha ladrado, debe estar en el monte, asustando a los conejos.

Deja el libro que está leyendo y abre.

-Hola, si estoy yo. ¿A qué debo su visita?

La mujer se dirige a él con amabilidad.

-Hola ¿Sr.?

-Flórez, inspector Eusebio Flórez

-Sí, Sr. Flórez-continúa la chica que no se siente intimidada por lo de “inspector” ¿Por qué lo habrá dicho? – Somos el equipo de redacción del canal RTF de la televisión francesa. Estamos preparando un documental sobre Mr. Richard Bronter.

- ¿Richard Bronter? ¿Quién es Richard Bronter?

-Si, le explico- a la mujer le brillan los ojos. Eusebio reconoce la expresión.

La ha visto en muchos interrogatorios a testigos cuando estaban a punto de decirle algo importante- Richard Bronter fue un famoso medievalista americano. Era catedrático de Harvard y, además, un hombre muy, muy rico. En 1933 desapareció sin dejar rastro. Unos dicen que se suicidó, otros que simplemente quiso desaparecer voluntariamente. Al pasar los años, se dijo que lo habían visto en Francia, después en el norte de España, pero nunca apareció. Ni su cuerpo. Estamos recorriendo las zonas que visitó por aquí,

unos años antes de su desaparición. El Sr. Bronter fue uno de los primeros valedores del arte románico en el Alto Aragón. - Deja de hablar para coger aire, pero antes de que pueda continuar, Eusebio la interrumpe.

- ¿Su nombre, por favor?

-Marguerite Bouchon

-A ver, Marguerite, yo aquí nunca he oído hablar de un tal Richard Bronter, pero tal vez no soy la persona más adecuada para esto. Hay una asociación en el pueblo dedicada al arte románico que igual le puede ser más útil. Yo le doy su teléfono y habla con ellos.

-Muchas gracias, Sr. Flórez. Tengo una pregunta, por eso. En este pueblo hay una casa que se llama Casa Americano. ¿Sabe de dónde viene el nombre?

-De eso, sé lo que me explicó mi padre. Esa casa, la construyó una familia del pueblo, a su vuelta de Argentina, después de hacer fortuna allí. Por eso el nombre. Lo siento. No se refiere al tal Richard.

Nota su decepción. Los tres estaban seguros de que la Casa Americano era del americano ese que desapareció, se nota en sus caras.

-Voy a buscar el móvil y les doy el teléfono de la asociación

Los ve alejarse en el coche. Pararon delante de la iglesia, están unos minutos y, finalmente, se van del pueblo.

Y, entonces, aparece la Bruna correteando feliz.

Esa noche, Eusebio piensa en la visita de la mañana. Es curioso que unos periodistas estén haciendo un documental por estas tierras, pero si ese al que buscaban, estaba relacionado con el arte románico, hay mucho de eso por aquí. La historia que le había contado la reportera le rondaba la cabeza.

Un multimillonario desaparecido.

Eso era lo suyo. Asesinatos y desapariciones. Marca de la casa Flórez. Y no es que lo echara de menos, pero sentía un instinto hacia la investigación. Algo se había activado. ¡Joder con el gusanillo! Encendió el portátil que utilizaba ocasionalmente e intentó conectarse a internet. Lo consiguió durante unos minutos, pero mientras intentaba recordar el nombre que le había proporcionado la chica, se le descargaron 537 emails y perdió la conexión.

¿Rick Bronson? De *Bronson* casi estaba seguro. Valoró llevar el portátil hasta la entrada del pueblo e intentar consultar con Google, pero hacía frío y ya era muy tarde.

Un desaparecido en 1933.

Tampoco había tanta prisa...

Pero, a las siete de la mañana, ya está en el banco de la entrada, tecleando como un loco. De *Bronson* no hay nada así que está buceando por el arte románico del Alto Aragón a ver si encuentra al catedrático americano.

Se demora leyendo la historia del medievo en la zona. Le gusta.

Se imagina esos montes, la torre de defensa, todo como si fuera una película de época. Encuentra referencias a su pueblo. En la ermita a la que se peregrina en las fiestas, está enterrado uno de los primeros “señores del pueblo” que luchó en la batalla contra los musulmanes en Loarre en 1059. Más tarde, el pueblo pasó a manos de un Rey que después se lo cedió a un gobernador y en 1436, a una familia noble. Eran tiempos de mercadeo de pueblos y villas.

Y, entonces, llega a un artículo sobre la tumba de Doña Sancha firmado por R. Bronter, en 1929.

Hace clic y ahí aparece Richard Bronter Spring, el desaparecido.

Richard Bronter Spring fue un destacado historiador del arte y arqueólogo estadounidense. Nació el 21 de junio de 1883 y falleció el 9 de julio de 1933. Bronter es especialmente conocido por sus estudios y contribuciones al campo del arte medieval, particularmente en relación con la arquitectura románica y gótica.

Es recordado por su meticuloso trabajo de campo y sus investigaciones sobre monumentos arquitectónicos en Europa, principalmente en Francia. También realizó estudios en el Alto Aragón. En particular, se le conoce por su investigación y análisis de la arquitectura románica en esta región. Durante sus viajes y expediciones por Europa, Bronter documentó numerosos monumentos arquitectónicos, incluyendo iglesias, monasterios y castillos románicos. Sus estudios contribuyeron significativamente al entendimiento y la apreciación de la arquitectura medieval en esta área específica de España.

Bronter también fue profesor en la Universidad de Harvard y jugó un papel importante en la formación de una generación de historiadores del arte. Su obra más conocida es "Medieval Architecture: Its Origins and Development", publicada en 1923.

Vale, ya sabemos quién era. Ahora, vamos a ver cómo desapareciste. -piensa Eusebio

Está buscando sobre el tema cuando un claxon lo distrae. Una furgoneta verde se acerca al pueblo.

Ignacio ha vuelto.

El hombre que lo saluda con efusividad no parece él. Está irreconocible. Lleva el pelo corto, casi al cero y sin sus greñas de color azul. Lo que lo delata son los pantalones descolgados.

-Vaya cambio de *look*, amigo. Ni la Bruna sabe quién eres- mientras le habla, la perra ya está dando la bienvenida a Ignacio. A ella, el peinado no la confunde. Y ahora que lo mira con más atención, debe confesar que aquellas rastras locas habían llegado a gustarle.

-Sí, más cómodo para todo. Tengo mucho trabajo del de sudar y sudar. Voy a instalarme un tiempo a ver qué tal. En el trabajo, no me han puesto ningún problema. La única con dudas ha sido mi chica. Llevo un par de meses con ella y le había hablado de mis planes, pero cuando le he dicho que me venía, ha cambiado de cara. Escribe en un periódico digital así que no le era muy difícil acompañarme, pero no quiere dejar la ciudad. Vendrá a visitarme en un par de semanas y hablaremos. Oye, ¿y tú qué tal por aquí? ¿Alguna novedad?

-Nada nuevo, aunque eso es bueno. Ya te irás dando cuenta. - Eusebio ve el portátil en sus rodillas, abierto en la página que habla del tal Richard Bronter-Bueno, sí que ha pasado algo. Una tontería, pero para lo que *pasa* por aquí ya es mucho. Aparecieron tres periodistas que buscaban a un americano desaparecido hace muchos años. Estaban convencidos que se le había visto con vida por estas tierras.

- ¡Vaya! ¡Qué interesante!

-Creían que Casa Americano podía ser de ese tipo o sus descendientes, pero ya les expliqué que era de la familia de Ángel, que su abuelo había estado en Argentina y de ahí el nombre de la casa. Y nada, se fueron.

-Bueno, algo ha pasado en el pueblo mientras yo no estaba... Voy a ir bajando cosas. ¡Y he comprado una carretilla! Un poco más grande que la tuya, así me ahorro viajes.

Suena el teléfono de Eusebio. Es el Chispas. Lo invita a comer migas y cordero asado a su casa. Le comenta que está con Ignacio, el hijo de Ignacio de Casa Cirilo y el Chispas le dice que vayan los tres.

Siempre cuenta con la Bruna.

El Chispas e Ignacio congenian al momento. No ha hecho falta ni acabarse la primera copa del Ribera de Duero que ha traído Eusebio, que ya están hablando como si se conocieran de toda la vida. El chico le está preguntando algo sobre la sobrecarga del monofásico y mientras, el Chispas, remueve las migas de forma constante y mecánica y le va explicando lo que él haría con el cuadro eléctrico.

Esta vez, las migas van acompañadas de usones.

¡Qué cabrón! -piensa Eusebio. - Este se ha ido a buscar usones sin mi-. El Chispas conoce un lugar en el monte, donde crecen en cantidad y de muy buena calidad. Son hongos pequeños y muy sabrosos.

Suelen estar en zonas de choperas y zarzas, pero también en claros de bosques y sembrados. Cuando es la época, se va con la Bruna a los lugares en los que cree que puede encontrar y alguno encuentra, pero, el Chispas, cuando va a su caladero secreto, los trae a kilos. Ya ha visto las dos bolsas en la entrada.

Encima, le va a regalar más setas.

-Oye, Chispas, no me has llevado a buscar setas contigo, mal amigo. Me dijiste que este año, me enseñarías donde los coges.

-Eusebio, ese secreto me lo llevo yo a la tumba. Es un lugar que ha pasado de padres a hijos y nunca hemos confesado donde estaba el caladero.

-Pero tú no tienes hijos y yo tampoco. Nos llevamos los dos el secreto a la tumba, ¿no te vale?

-Ya sabes, inspector, un secreto deja de serlo cuando lo compartes. De momento, disfruta de éstas.

Y en eso, Ignacio, mira al Chispas con ojos tiernos y le pregunta: ¿Y si me adoptas? ¿Papi Chispas?

Los tres rompen a reír, a carcajadas y la Bruna ladra de alegría.

Eusebio explica la visita de los periodistas. Es una novedad de las gordas porque por el pueblo, nunca pasa nadie si no es porque se equivoca de camino. También hablaron con el Chispas. Él sí que sabía quién era Richard Bronter, pero no había oído hablar a sus padres ni sus abuelos de ningún americano.

- ¿Y cómo sabías tú quién era el historiador ese? - pregunta Eusebio y su yo inspector siempre atento.

El Chispas les explica que su abuela se llamaba Sancha. Es un nombre ya en desuso, pero en otras épocas, había muchas mujeres, de nombre Sancha, en honor a la condesa. Una mujer increíble para la época en la que vivió. Mandaba en el reino a la sombra de su hermano, el Rey Sancho Ramírez de Aragón y llegó a ser la primera y única mujer que fue Obispo de la Iglesia.

-Y no digo “Obispa” porque esa palabra ni existe en castellano. Nunca ha habido ninguna mujer con ese cargo. – continuó el Chispas- la enterraron en un sarcófago, que fue traído a Jaca desde Santa Cruz de la Serós en el año 1622 y que descubrió este hombre, el americano, dándole el valor que tiene porque creo que es de lo mejor del mundo en arte fúnebre de la época medieval. Escribió unos artículos que le dieron fama mundial. Esto me lo sé

de memoria, porque mi abuela siempre me contaba la historia. ¡Anda que no la acompañé veces a ver el sarcófago a las Benitas!

Eusebio no había visto nunca el Sarcófago de Doña Sancha y, por supuesto, sabía poco de arte románico. Ni siquiera se había hecho socio de la asociación del pueblo que se dedicaba a preservar la iglesia que veía cada mañana, pero ahora que estaba allí, en uno de los enclaves más emblemáticos de esta disciplina en el mundo, iba a prestar más atención.

Arte románico, época medieval.

Eusebio, quien te ha visto y quien te ve. - murmuró entre dientes.

- ¿Decías?

-Nada, nada pensaba en lo poco que sé de la historia de esta tierra...

La sobremesa se alarga y llegan al pueblo, cada uno con una bolsa de usones en la mano.

-Buenas noches, Eusebio y Bruna. -se despide Ignacio.

-Buenas noches, nos vemos mañana si Dios quiere.

Dos luces se prenden en la oscuridad de la pequeña aldea.

A las seis de la mañana, a Eusebio le despiertan los golpes.

En el pueblo, no hay ruido. Hay sonidos orquestados por la naturaleza y sus texturas: el trinar de los pájaros, el crujido de las hojas arrastradas por el viento, el gallo, el siseo de algún animal entre los zarzales, los balidos de las ovejas, el silencio...

Lo que está oyendo ahora, claramente, es la radial de Ignacio que ha decidido empezar pronto a trabajar. Tener vecinos tiene sus desventajas, piensa mientras se prepara el café y abre la puerta para que la Bruna salga a vivir la vida. Cuando se siente un poco más despejado, va a la casa de enfrente y le pregunta a Ignacio si necesita algo. Lo ve perfectamente equipado, tanto que da risa. Todo lo que lleva es muy nuevo: mono azul de trabajo, casco, guantes ignífugos, gafas transparentes, auriculares y la radial en las manos.

-No necesito nada-le grita como si Eusebio no lo oyera bien- Haz tus cosas que yo me apaño.

-Me voy a Jaca a comprar. ¿Necesitas algo?

-Vine con provisiones. Nada. Gracias. – La radial se vuelve a poner en marcha.

Cuando Eusebio vuelve al pueblo, para el coche delante de la iglesia. La ve con otros ojos. Su mente se ha trasladado a otra época y percibe la vida que habría a su alrededor...

Es muy bonita.

Ahora entiende mejor a la vecina que cada verano, dedica su tiempo a conservarla y a promocionarla, haciendo visitas guiadas.

Decora la iglesia con velas y flores, pone música clásica y reparte folletos con la historia y los detalles artísticos de la construcción. Y es por amor al arte. Le pagan la voluntad y ella lo dona para preservarla.

Este año se va a apuntar a alguna de las visitas y se ofrecerá a ayudarla. Total, está jubilado.

Mientras se acerca a casa, suspira aliviado. No se oye la terrible máquina cortante de Ignacio, pero su alegría dura poco. Ahora lo que oye son golpes contra piedra dura. El chaval es joven, que trabaje que es lo que toca.

Coloca la compra en la despensa y rellena los recipientes con la comida y el agua para la Bruna. Podría ir a pasear o a ver si encuentra la usonera del Chispas. Se ha acordado de un claro, alejado, pero de fácil acceso, al que fue una vez con su padre para recolectar niscalos. No es lo mismo, pero quien le dice que no podría haber usones, pero ve el portátil encima de la mesa.

Richard Bronter.

No puede evitarlo. Tiene que saber más de esa “desaparición”.

Le encanta.

Le da vida.

Lee lo que dicen de él en Wikipedia: de familia adinerada, gran prestigio en Harvard, arqueólogo, historiador de arte y medievalista.

“Se casó con Camile Ryan Marzio en 1912 en la ciudad de Nueva York. Actuó como fotógrafa jefe de la pareja desde 1919 en adelante. Finalmente viajaron durante largas estancias a Italia, Grecia y España, y finalmente a Irlanda.

Richard Bronter desapareció a los 50 años, en julio de 1933. Estaba afuera durante una tormenta en la isla Inishtoffin y se presume que se ahogó. Más tarde, su esposa le contó al forense su búsqueda de seis horas con dos pescadores locales. La investigación concluyó que probablemente había muerto por una desgracia.”

Una vez ha situado los nombres y las fechas, a Eusebio le es más fácil encontrar nueva información y da con un artículo de un periódico local, que relata la desaparición:

La investigación celebrada en septiembre de 1933 fue la primera en la corta historia del estado irlandés que se llevó a cabo sin un cuerpo. Durante la investigación, la viuda de Bronter detalló su frenética pero inútil búsqueda de seis horas de su marido.

Camile Ryan declaró que creía que su marido debía haberse resbalado por los acantilados, caer al mar y haberse dejado llevar.

Un hecho interesante salió a la luz cuando se informó a la investigación que un pequeño bote había abandonado la isla la mañana después de la desaparición de Bronter.

La investigación arrojó un veredicto de muerte por accidente, aunque en privado el forense expresó su opinión de que Camile sabía más de lo que dijo en el tribunal. Y que actuó como si la desaparición de su marido no fuera inesperada.

La historia de Richard Bronter no terminó ahí. Unos años más tarde, hubo rumores de avistamientos de Bronter en Europa, y estos continuaron informándose desde lugares de todo el mundo durante muchos años después de su desaparición. Pero a pesar de estas historias nunca se encontró evidencia concreta.

Su esposa Camile regresó a Estados Unidos y murió el 19 de septiembre de 1962.

Nunca sabremos qué pasó. ¿Quizás murió en Inishtoffin, o lo había fingido todo para dejar atrás su pasado y vivir la vida que siempre quiso experimentar en Europa?”

También ve un avance sobre el documental que se está realizando, considerado como una nueva investigación sobre el caso. Los periodistas han entrevistado a los isleños y a las personas que dicen haberlo visto en París, Marsella, España o la India.

Hay algo que le llama la atención, igual que lo ha hecho a los reporteros: tres meses antes de su desaparición Bronter modifica su testamento y deja como única beneficiaria a Camile.

Parece tan obvio que seguro que no lo es.

El marido cambia el testamento y la esposa, aprovecha para despeñarlo por el acantilado. No encontraron el cuerpo así que, lo que sea es indemostrable.

Fin de la historia.

Cierra el ordenador y se frota los ojos.

Han pasado más de dos horas y no se ha dado ni cuenta.

-Bruna, venga. Vamos a ver qué hace el chico.

La casa le está quedando muy bien. Acogedora y funcional.

Ha instalado el amplificador de señal y Eusebio, ahora se da cuenta que ha estado buscando información en Internet sin tener que irse hasta el banco de la entrada del pueblo. Ignacio es un crack. Por fin hay conexión como Dios manda.

Ha acabado el baño y el dormitorio. Tiene previsto montar la cocina al día siguiente y le pregunta si estará disponible porque necesita que le ayude a sostener unos tablones que tiene que fijar en la pared.

-Deja que mire mi agenda que ya sabes que estoy muy ocupado habitualmente - le responde con una carcajada - Llámame cuando me necesites.

Se va con la Bruna al huerto. Hay que dejar trabajar al chico. Eusebio ha pasado de desear una vida en soledad a echar de menos la presencia de Ignacio y no quiere agobiarlo porque, ahora, de repente, piensa en él como si fuera su hijo. ¿Habrà comido? ¿Le llevo algo? Que no se vaya a hacer daño allí solo con todo el lío...

La Bruna ladra porque ha visto un conejo. Se ven pocos, pero el que se atreve a acercarse al huerto, se encuentra con la perra. Ellos no saben que no se los quiere comer, solo quiere jugar, pero explícale eso al conejo.

Le maravilla el tamaño de las alcachofas. Coge una docena.

Las hará al horno, y le dirá al chaval que pase a cenar. Bueno, no, le acercará el plato para que se las coma cuando quiera...

Ignacio le da las gracias cuando le entrega la bandeja de alcachofas, tapadas con papel de aluminio, pero le dice que mejor las comparten y así hablan un poco. Como la cocina aún está en “proceso”, mejor cenar en casa de Eusebio.

Se esmera en poner la mesa, hasta las servilletas son de tela y no el rollo de papel que deja encima, en el centro. La Bruna le ladra, saltando a su alrededor y sí, tiene razón, no es normal que se toma tantas molestias, pero el chaval le cae bien y quiere que se sienta a gusto.

Su casa, ahora, le parece acogedora. El fuego está encendido y las alcachofas están a la vera para que se calienten, pero no se quemen. Ha colocado una tabla de embutidos de la zona y los quesos que le trajo, que aún le queda mucho surtido. El pan, lo está tostando. Hay tomates, aceite y sal en la mesa.

Mientras espera a Ignacio, abre el ordenador y sigue recabando información de Richard Bronter. Pasados tantos años y todos muertos o desaparecidos, ya es un caso prescrito y sin solución, pero nunca ha aceptado que un caso no tenga solución. Siempre la hay, otra cosa es que la descubras.

Sería interesante saber qué le paso al historiador, pero siendo Bronter americano y desaparecido en Irlanda, Eusebio no tiene ninguna posibilidad de continuar investigando. De inglés, lo básico que viene a ser nada y en caso de encontrar alguna pista, iba a estar todo en ese idioma. Mejor dejarlo aquí- piensa mientras oye las pisadas de Ignacio en la calle.

Ignacio llega a casa y se desploma el sofá. Se le ve cansado.

- Creo que no me había dado una paliza así en mi vida.

Eusebio se ríe. La gente joven aún puede darse esas “palizas”, él, aunque quiera, no. A la media hora, las rodillas y la espalda empiezan a protestar – Ya me gustaría poder ayudarte, pero, me llega tarde...

Ignacio tiene hambre y cena a gusto. Por lo mismo de la edad, una dosis de alimento, le recompone y lo activa. Eusebio, que cena muy poco cada día y se va a dormir pronto, se intenta adaptar al ritmo del chico, pero se le van cerrando los ojos hasta que algo lo despierta.

- ¿Qué estás buscando? - Está leyendo los posts y artículos que ha dejado abiertos en el ordenador sobre Bronter.

- ¿Te acuerdas de aquellos periodistas que estaban haciendo el documental sobre un americano que había estado por aquí, en los años treinta, investigando las iglesias de la zona? Me ha picado la curiosidad.

Ignacio sigue con la vista fija en la pantalla. – ¡El Indiana del Alto Aragón!

- exclama- Hay un artículo especialmente llamativo con ese título. A Eusebio no le ha dado tiempo de acabarlo.

Desarrolla la intensa vida de Bronter, todos sus viajes y sus estudios sobre Arte Románico que lo llevan a viajar por Europa. En España, descubre obras medievales, olvidadas, porque aquí a esas piedras no se les daba tanta importancia, y sitúa la zona del Alto Aragón como la cuna del románico europeo. Lo de “Indiana Jones” es lo que más gracia le hace a Ignacio.

Richard Bronter tampoco fue un santo. Descubrió un sarcófago de la tumba del hijo de un noble del S.XI, que consideró un ejemplo importantísimo de la escritura sepulcral medieval, y se apropió de la tapa que llevo a Harvard, donde estuvo expuesta en un museo, hasta su regreso a España en 1933.

Hay una teoría muy loca que le otorga poderes sobrenaturales al sarcófago y su consiguiente maldición sobre los que osen profanarlo.

Bronter profana la tumba, Bronter desaparece misteriosamente.

A Eusebio eso le parece una tontería. En el pasado, ha trabajado en casos en los que sus propios compañeros se habían sugestionado con teorías mágicas, místicas y también, demoníacas y si de algo le habían servido tantos años de experiencia era para saber que no hay ni espíritus, ni maldiciones ni poderes sobrenaturales. Lo que hay es gente mala. De carne y hueso.

Bronter se suicidó, se cayó accidentalmente, lo empujaron o se fue voluntariamente. Cuatro posibilidades.

El cambio del testamento en las semanas previas a su desaparición y la actitud de la viuda, le hacía sospechar que había sido un homicidio.

-Pero nunca encontraron el cuerpo y aquí dice que los isleños aseguran que las corrientes especiales de esa zona, haría imposible que no llegará a la playa. – Dice Ignacio dudando.

-Ya, pero la naturaleza cambia. ¿Y si cambiaron las corrientes? ¿Y si se enganchó a algo y se quedó en el fondo?

-Lo buscaron por todos los lados. Era un hombre multimillonario, americano e influyente. Hasta hubo buceadores, imagínate, en aquella época. - Ignacio insiste en que es todo muy raro- Y, después, esa gente que dice haberlo reconocido en diferentes lugares del mundo.

- ¿Qué quieres decir? ¿Qué se fugó?

-Yo me inclino más a esa opción, la verdad. Desaparece, por los motivos que sean, e inicia una nueva vida.

-Y la viuda, ¿Qué?

-Lo sabe todo y está compinchada con él. Dicen los periódicos del momento, que no la vieron muy afectada. Bueno, nada afectada. Y que dijo a uno de los que ayudaban en la búsqueda que estaba segura de que Richard no volvería. Está claro: le deja la pasta y se larga.

- Según tú, eres multimillonario y quieres huir del mundo que conoces y lo haces, dejando todo tu dinero a tu mujer. Eso no lo veo. - Eusebio tiene claro que poca gente renuncia a la pasta.

-Eso te lo compro, pero igual ella lo ayudó a posteriori de forma inadvertida. Tenían una profunda relación que algunos califican de “amistad”. Se querían, pero no como pareja. Es posible que se enamorara de otra y quisiera empezar de nuevo, pero ¿Por qué no hacerlo público, divorciarse y ya está?

- La mujer se entera que se quiere divorciar y como no puede soportarlo, lo despeña. - Insiste Eusebio

- No, no. Por eso cambia el testamento, porque la quiere dejar en buena situación económica. Imagínate esto, Eusebio, ¿y si se enamoró de otro? De un hombre, quiero decir. En esa época y en el ambiente que se movía, si Bronter era homosexual, le esperaba una vida de discriminación. Se hubiese convertido en un paria y hubiese afectado también a su mujer, y ya te digo que, en muchos de esos blogs, describen que se tenían un amor real muy bonito, pero más familiar.

-En esa posibilidad, no había pensado pero lo del dinero me sigue sin cuadrar. *Don dinero, poderoso caballero.*

-Bueno, lo que sí que está claro, es que la vida del tal Bronter es cuanto menos interesante. Me lo imagino pasando sus últimos años de vida, en las Bahamas, bien tranquilo. – Ignacio apura el chupito de pacharán que Eusebio ha servido después del café – Me voy a retirar. Acuérdate que mañana, me tienes que echar una mano con los tablones de la cocina. No te tendré mucho rato.

-Hecho. Vamos a descansar que ya es hora. Voy a llamar a la perra, que aún está por fuera. Te acompaño.

Vuelve a nevar, esta vez muy suavemente.

-Bruna, a casa-grita Eusebio.

Mientras, el pueblo se va cubriendo de una fina capa blanca...

-Para que irse a las Bahamas, teniendo esto aquí- piensa mientras contempla la calle antes de cerrar la puerta de casa para que no se le escape el calor.

A la mañana siguiente, el exinspector Flórez se despierta con una palabra en la cabeza: *Bahamas*.

El instinto investigador nunca muere, se dice mientras se prepara el café. ¿Un multimillonario de esos muy, muy millonarios sin acceso a un paraíso fiscal? Imposible.

Tenía más dinero, pero estaba en otro sitio.

Ignacio podría tener razón. ¿Y si se fugó y empezó una nueva vida en otro lugar?

Ya no lo ve tan descabellado. En fin, nunca se sabrá.

Y le jode, porque querría saberlo...

Mientras ayuda a Ignacio, se lo comenta.

- ¡Claro! Un paraíso fiscal. Cambió de identidad y se largó. ¡Qué bueno!

Y ahí queda la cosa.

A los tres días, acaban la cocina de Ignacio. Sin él, hubiese estado más del doble de tiempo y había cosas que no hubiese podido hacer sin otra persona.

La cocina ha quedado muy bien.

En contra de su idea, había instalado una isla en el medio de la sala. La había construido con madera de la zona, sobrantes de mostradores y muebles. En medio, una placa de inducción que lo dejó sorprendido.

Cuando Eusebio vio la instalación ahí en medio, tuvo la duda de como ventilaría aquello al cocinar, pero, aquella placa tenía una campana extractora incorporada en la propia pieza que iba absorbiendo olores y humos.

La probaron al mediodía, haciéndose unos huevos fritos de las gallinas de Eusebio y, oye, funcionaba de maravilla. Además, Ignacio se había traído unos taburetes de segunda mano que habían sido de un bar antiguo y comieron sentados en la isla que hacía las veces de mostrador de cocina y mesa. Muy moderno todo, pero muy cómodo, admitió Eusebio.

-He estado pensando en lo de Bronter- le dice Ignacio. A él también le ha picado la curiosidad con la historia- Podemos buscar quien salió de la isla aquella noche o la mañana siguiente. Por narices tenía que coger el ferry. No creo que sea mucha gente. Lo he mirado y es una isla muy pequeña.

-Pero eso, ¿cómo lo podemos mirar? Lo veo difícil. Irlanda, 1933.

-No te creas. Hay mucha cosa digitalizada. Tengo un amigo programador. Es un ingeniero informático de mucho nivel, te lo digo yo. Le puedo pedir que me lo busque.

- ¿Y después?

-Podemos cotejar los nombres con pasajes de ferrocarril, líneas aéreas e incluso fronteras. Él se maneja bien en esto. El único problema es lo que comentabas de la época. Si hay archivos, lo podemos encontrar. Si no, es misión imposible. Ahora, en estos tiempos, lo descubriríamos seguro. Tienen controlados todos nuestros movimientos.

- O sea, los que mandan de verdad, saben que tú y yo ahora mismo estamos en este pueblo perdido de la mano de Dios.

-Por supuesto y con coordenadas GPS precisas. Pero en 1933...

Eusebio se ha animado de nuevo con la idea de seguir la pista a Bronter.

-Oye, pues si tu amigo nos hace el favor, nos va de perlas. A mí también me interesa la historia. Es casi de película ...-*Y me entretiene más que ninguna otra cosa*, dice una voz en su interior.

-Pues después le envió un mail.

- ¿Y por qué no lo llamas?

-Mejor un mail. Seguro.

A los pocos días, Ignacio recibe respuesta y para su sorpresa, su colega ha encontrado algo.

Ha cruzado los datos disponibles y ha encontrado un nombre que aparece en los registros del ferry de la isla y, semanas después, en un control fronterizo.

Ignacio imprime todo el documento porque a Eusebio le gusta más en papel y corre hacia su casa.

-No te lo vas a creer, Eusebio. - Deja los papeles encima de la mesa-Tenemos un nombre: Arthur Kelly.

Arthur Kelly, irlandés.

Eusebio repasa los documentos. El día 9 de julio de 1933, cinco personas suben al ferry que va de Inishtoffin al puerto. Son tres mujeres y dos hombres. Uno de ellos, es un pescador de la isla, nacido y criado en Inishtoffin. El otro, se llama Arthur Kelly y tres semanas después de la desaparición de Bronter, se le sitúa en el control fronterizo de la estación de Hendaya, en el suroeste de Francia.

- ¿Qué te parece? Raro, es. Sale de la isla irlandesa al día siguiente de la desaparición de Bronter y a las tres semanas, el mismo tipo entra en España.

– le dice Ignacio entusiasmado- Hay más. En la búsqueda en el censo irlandés, no hay ningún Arthur Kelly Brighton que coincida en fechas con este Arthur Kelly. Ni partida de nacimiento, ni domicilio, ni vida laboral y, tampoco, acta de defunción. A todos los efectos, Richard Kelly no existe.

-Déjame que procese todo esto- Eusebio está impresionado con la cantidad de información que ha obtenido el amigo de Ignacio, conectado a un ordenador. Le ha explicado que es un sistema de cruce de enormes bases de datos de organismos públicos, en base a un algoritmo que focaliza la búsqueda. – La verdad, todo apunta a que el tal Arthur pueda ser nuestro Bronter.

Siente la emoción que experimenta Ignacio. Han resuelto el caso y la adrenalina fluye con más intensidad, pero debe darle una mala noticia.

-Dicho esto, que es un hallazgo increíble, ya no tenemos nada que hacer . No hay rastro de él, pudo haber estado en España y en Francia, en la India...Dónde él quisiera. Es imposible de rastrear y ¿para qué?

-Se lo podríamos decir a los periodistas. Es una buena pista.

-No sé. Nunca me ha gustado ese tipo de prensa que hurga en los escándalos. Estuve mirando otros documentales que han producido y siempre ponen musiquita tenebrosa y se ceban en lo más escabroso del tema. Esta gente ya no está con nosotros. Dejémoslos en paz.

-Pero, Eusebio- se queja Ignacio- ¡es el Indiana Jones del Alto Aragón!

-Venga Ignacio, vete a acabar los detallitos de la cocina que yo me voy a dar un paseo con la Bruna.

La nieve no ha cuajado, pero ha dejado un paisaje blanquecino. El día se ilumina con una luz pálida que otorga un aspecto mágico, sobre todo a la iglesia. Aunque le haya dicho al chico que dejen estar lo de Bronter, piensa en ese fantasma irlandés que cruza la frontera y... ¿irlandés?

¿El irlandés? ¿Dónde había oído eso antes?

Y, entonces, lo recuerda.

Estaba hablando con Ignacio del pueblo en ruinas que se ve desde la falsa de su casa. Comentaban la noticia del robo del arco románico de la entrada de la iglesia y él se acordó de algo que le había explicado su padre.

“Mi padre me dijo una vez que esa parroquia tenía unos arcos muy valiosos. Durante un tiempo, en los años cuarenta, creo, se instaló un irlandés, que se dedicó a estudiar, fotografiar y documentar los arcos. Algún listo los debe haber puesto en su casa o su jardín...”

Lo han tenido delante de sus narices todo este tiempo.

La punzada de energía vuelve a manifestarse. Este territorio lo domina, no es lo mismo que indagar en archivos irlandeses. Puede encontrar algún vecino del pueblo abandonado que aun recuerde al irlandés. Además, tiene amigos en la Guardia Civil, seguro que puede averiguar algo más.

La Bruna está desconcertada. Habitualmente, Eusebio anda con paso firme pero nunca corre y, ahora, a riesgo de resbalar con la pátina de nieve quebradiza, está bajando la calle a una velocidad considerable. El animal huele la emoción.

Se sitúa a su lado, marcándolo para que no se caiga y cuando llegan a la puerta de casa de Ignacio, como Eusebio está sin aliento, es ella la que ladra para avisar.

En una semana, han ocurrido una serie de acontecimientos que continúan alentando a Eusebio a continuar la búsqueda de Arthur Kelly.

Ignacio también está muy involucrado pero lleva un par de días ocupado solucionando unos problemas del trabajo. Pasa muchas horas delante del ordenador ante códigos indescifrables y lo nota preocupado. Finalmente, resuelve la incidencia, pero le ha pasado factura. Se le nota cansado y tenso.

-Es por esto, por estos momentos de stress, que valoro cambiar de vida. Cuando te hablé de las viñas y de montar algún negocio en este entorno rural, no era por una idea espontánea, porque sí. Es porque veo que necesito parar. Vivir mejor, y eso no quiere decir tener más dinero si no tener más tiempo y más tranquilidad.

Ignacio se gana bien la vida, mucho mejor que los jóvenes a los que conoce Eusebio, pero hay algo en él diferente. No le gusta exhibirse, en su Instagram sólo hay fotos de naturaleza. No le gustan los coches, la ropa de moda, ... Es un rara avis en esta sociedad. O, pensándolo mejor, alguien muy inteligente para su edad que ha llegado antes que otros a entender que es lo que a él le hace más feliz en la vida. Si algo le merece Ignacio, es respeto. Es un gran hombre.

Mientras Ignacio se consumía ante la pantalla, Eusebio ha investigado por su cuenta. Solo queda una persona viva de aquella época en el pueblo abandonado. Se llama Florencia, una mujer de 98 años que está ingresada en la Residencia Casa Luz, en Jaca.

Florencia.

El Chispas la recuerda.

Es la hija de la mujer que más tiempo vivió en el pueblo. Maestra en Jaca.

Le explica que, su madre, fue la última en irse de allí y lo hizo durmiendo.

La llamaban “la viuda” y era una buena persona querida por todos. En los últimos tiempos, cuando su hija se fue a estudiar a la ciudad, tanto el cartero como el guardia forestal, se turnaban para ir a visitarla y ver si necesitaba algo. Una mañana, el cartero picó a una puerta que nunca se abrió.

La viuda murió mientras dormía...

Del irlandés, no encontró nada más que lo que ya sabían por el padre de Ignacio. Durante un tiempo, un estudioso de arte estuvo allí, haciendo fotos de las iglesias y nada más.

Entonces, ocurrió algo que acabó de convencerle que Arthur Kelly era Richard Bronter, el multimillonario desaparecido y que había estado viviendo a pocos kilómetros de allí, en la década de los cuarenta.

Ignacio recibió un email de su amigo. En el último cruce de datos, había otra coincidencia con Arthur Kelly: una cuenta en un banco suizo que en 1934 tenía un saldo de 98 millones de francos.

Bingo.

El siguiente paso era evidente.

Había encontrado a Florencia.

Debía ir a visitarla a la residencia.

Ignacio quiere acompañarlo e imprime las fotos que había encontrado de Richard Bronter en 1933. Las imágenes muestran a un hombre atractivo. De constitución atlética, alto y rubio. Los ojos, claros, e impactantes. Parecía que te querían decir algo...

La enfermera les informa que Florencia apenas recibe visitas. Aunque manifiesta signos de pérdida de memoria muy frecuentes, aún tiene episodios de lucidez. No les puede asegurar como la encontraran, su estado puede variar en minutos.

Cuando ve a Florencia por primera vez, Eusebio se queda impactado. Se parece mucho a su madre. Su pérdida, en plena pandemia, es algo de lo que aún no se ha recuperado. Siente un nudo en el estómago y unas intensas ganas de llorar, pero Ignacio, que no se ha dado cuenta, ya se está dirigiendo hacia la anciana, que les sonríe afablemente.

-Hola Sra. Florencia, me llamo Ignacio y soy el nieto de la Casa Cirilo.

-Hola, hijo. Sí, me acuerdo de Casa Cirilo, en el pueblo de al lado. - ¿Aún viven tus abuelos?

-No, Sra. Ni mis abuelos ni mis padres. Ahora estoy yo en el pueblo, reformando la casa. Este es Eusebio, de Casa Aurelio- Eusebio se acerca y hace el ademán de cogerle la mano y besársela.

-Veo que aún quedan caballeros por la zona- les dice Florencia, con esa sonrisa permanente que hay en su cara desde que han entrado. - ¿Venís a visitarme a mí? -pregunta incrédula.

-Sí, queríamos preguntarle por una persona que vivió en su pueblo cuando Ud., era una niña.

- ¿Y de quien se trata? Éramos muy pocos y todos nos conocíamos, aunque, poco a poco, el pueblo se fue quedando deshabitado. Ya te digo que éramos muy poquitos, si no el pueblo aún estaría en pie.

-Mire esta foto- Ignacio le tiende la foto de Richard Bronter-estamos buscando a un irlandés, que creemos que se llamaba Arthur Kelly que estuvo investigando las iglesias románicas de la zona.

Florencia coge la foto y la mira con atención. Eusebio se ha quedado paralizado desde que ha llegado, pero en ese momento reacciona y se activa su modo inspector. La mujer ha cambiado la expresión, pero, sobre todo, la información se la han proporcionado sus ojos.

Todo ha ocurrido en pocos segundos. Primero, sus ojos se han agrandado, respondiendo con sorpresa. Después, se han humedecido levemente y se han vuelto más brillantes. Los ha cerrado durante un instante y le ha devuelto la foto a Ignacio.

-No, no lo conozco. A un hombre tan guapo lo recordaría- Lo mira como si fuera la primera vez que lo ve- Hola, hijo. ¿Quién eres? - le pregunta a Ignacio con voz débil, pero se le escapa una mirada directa al inspector.

Eusebio sabe que Florencia les está mintiendo.

Ha reconocido a Richard Bronter.

Ignacio sale de la residencia decepcionado. Creía haber encontrado la solución a la desaparición del multimillonario americano y había atisbado la sensación de satisfacción que te recorre cuando eso pasa. Es muy fuerte y potente y la ha tenido en la punta de sus dedos. Casi.

Eusebio no sabe si decirle que Florencia no dice la verdad porque dejar un atisbo de esperanza hará que Ignacio quiera seguir intentándolo y algo le impide molestar o perturbar los días finales de aquella mujer.

El recuerdo de su madre al ver aquel rostro arrugado pero luminoso, con esa sonrisa serena y las manos huesudas, le ha llegado como un fogonazo de ternura en su estado más puro.

No le va a decir nada a Ignacio sobre lo que piensa de Florencia. Y si va a visitarla, de vez en cuando, se lo ocultará.

- ¡Qué bajón! Estaba seguro de que lo reconocería - le dice mientras guarda la foto en su mochila-Era demasiado fácil, ¿no?

- Florencia es muy mayor. No creo que se acuerde de nada de aquella época, debía ser una niña y, además, si te dijera que lo conoce, ¿cómo puedes estar seguro de que alguien con problemas de memoria te está diciendo la verdad?

-Es verdad. No hay que darle más vueltas. Fin de nuestra trepidante aventura persiguiendo a Indiana. ¿Te parece que nos quedemos a comer por aquí? Me han dicho que hay un restaurante nuevo, tipo borda, que hace un ternasco para llorar.

-Me parece una buena idea, pero no hay que llegar muy tarde que la Bruna se va a inquietar.

Las siguientes semanas, Eusebio tiene que ir a Jaca a varias cosas. Siempre le surge un tema que solucionar: la ITV del coche, un certificado que tiene que recoger, la compra de alguna pieza u objeto que necesite y solo pueda encontrarlo allí. Cualquier cosa le sirve para ir a visitar a Florencia.

A Ignacio se lo va sacando de encima con excusas variadas: desde el “gracias, pero perderás mucho tiempo porque tendré que esperar y tienes muchas cosas que hacer” a “me apetece ir solo”. El chico le insiste que muchas gestiones se las puede solucionar online pero aun así ha podido ir regularmente a la residencia sin despertar sospechas.

Eusebio no tiene la intención de sacar ninguna información sobre Bronter a la anciana. Le gusta hablar con ella, escuchar sus historias y acariciarle la mano. Tiene la sensación de que compensa lo que no pudo hacer con su madre. Está siendo egoísta y lo sabe: esas visitas son más beneficiosas para él que para ella.

Ha conocido mucho más a Florencia. En la residencia también le han hablado de ella. Fue maestra de francés en Jaca. Durante la guerra civil, su madre la envió a casa de unos familiares en Francia y aprendió el idioma.

Era muy querida en la ciudad y, sobre todo, por sus alumnos. Al principio de estar ingresada, recibía muchas visitas, pero con el paso del tiempo, estas disminuyeron, pero, de vez en cuando, alguien se dejaba caer por allí.

La frecuencia de las visitas de Eusebio gustaba al personal de la residencia. Le decían que, para las personas ingresadas, la compañía, aunque fuera por diez minutos, era mejor que nada.

Además, siempre les llevaba rosquillas. En una de esas charlas informales con el café y las pastas, le han explicado que Florencia también hablaba inglés. Y era tan buena, que en los años setenta había trabajado de traductora, cosa muy extraña en aquella época. Por aquella zona y en aquellos años, pocos sabían inglés...

Eusebio está esperando a Florencia en la sala con sillones y un sofá, que tiene vista a las montañas. No quiere saber nada del americano, pero, hay otra persona que habita en él, la que fue inspector, que no puede evitar seguir indagando, aunque sea con delicadeza.

Le ofrece el bizcocho que le ha comprado porque las rosquillas son demasiado duras para ella. La cuidadora prepara dos porciones minúsculas: No nos podemos pasar con el azúcar. - dice mientras se lleva el resto del pastel.

-Mal bicho- suelta Florencia

Eusebio ríe a carcajadas, nunca la había visto enfadada.

-Bueno, mujer, que es por su bien.

-A la edad a la que he llegado, que más les dará darme un poco más de azúcar, por Dios. ¡Qué exageración! Y seguro que, a ellas, les has traído rosquillas. ¡Ah! Las rosquillas, Qué pena que estos dientes no me dejen comerlas bien. Me acuerdo de las que hacía mi madre cuando eran las fiestas del pueblo. Para la Purísima. Hacía frío, pero el baile lo celebrábamos en la plaza. Si no se podía aguantar nevaba o llovía, engalanábamos la sala de la Escuela Nacional. Venían vecinos de otros pueblos y chicos que tocaban guitarras y bandurrias.

-Suenan divertido, Florencia

-Y lo era. Pero la gente se fue yendo del pueblo y nos quedamos los tres.

- ¿Los tres?

- ¿Tres? No, no, mi madre y yo. Las dos solas. Solas. - responde nerviosa- Y aunque estuviéramos solas, mi madre cada año, para las fechas de las fiestas, cocinaba pollo y cordero, hacía flanes y rosquillas y, si podía, engalanaba la sala de la escuela...

-Debían ser tiempos increíbles, con los pueblos llenos de vida y alegría y muy tristes, después...

-A todo te acostumbras, pero fuimos felices. Una vida sencilla y un poco solitaria pero muy bonita. Mi madre vivía muy contenta y eso es lo más importante. Me costó mucho irme a estudiar fuera, pero sabía que se quedaba con...que estaría bien. Ella quería que yo estudiara y que fuera lo que yo quisiera. A mí me gustaba bordar, esa era mi pasión. Mientras vigilaba los corderos, cosía pequeñas flores para confeccionar un mantel precioso, que aún conservo. En aquella época, todas las niñas lo íbamos haciendo para tener el ajuar cuando una se casaba, pero yo no lo hacía por eso, lo hacía porque me gustaba. Después, en el internado me di cuenta de que lo que de verdad me apasionaba era enseñar. Mucho más que coser o bordar. Mi madre siempre me decía que lo importante es que yo fuera feliz y si quería ser maestra, pues maestra. Era muy moderna para su época.

-Me han dicho que ha sido la mejor maestra de francés de todo Jaca

Florencia ríe- Ya será menos, hombre de Dios. Intenté enseñar lo mejor que sabía a mis alumnos. Alguno aún viene a verme.

-Me han dicho por ahí que también habla inglés. ¡Ya me gustaría a mí!

-Si, lo aprendí de niña.

-Vaya ¿y cómo fue eso?

Florencia duda un instante - En el mismo internado en el que estuve en Francia. - responde después de unos segundos y enseguida cambia de tema.

Florencia está totalmente lúcida y esconde información.

-Dígame, Eusebio, ¿cómo le va al joven que ha ido a vivir al pueblo?

Se maravilla de lo bien que ha desviado la atención de su conocimiento del inglés desde niña, pero le explica los proyectos de Ignacio. Ahora está buscando campos con viejas viñas porque está convencido de recuperar los vinos del territorio. En el pueblo, hay tres zonas de viñas y ninguna en venta. Las familias las siguen teniendo, aunque nos la exploten y las que quedaban libres, como estaban muy cerca de la ermita, las inmatriculó la Iglesia hace unos tres años. Ahora está hablando con el Obispado y la Diputación a ver si puede explotarlas.

-Sería bueno que los jóvenes volvieran a los pueblos. Cada generación debe mejorar a la anterior. Seguro que sabrían hacer las cosas mejor. Hasta es posible que mi pueblo aún estuviera en pie. Hace muchos años que no lo he visto, pero los que han estado me han dicho que es muy triste. Un montón de piedras, cubiertas de maleza y no se puede llegar allí andando porque el camino no está desbrozado. Hasta robaron el arco de la iglesia. Menos mal que están muertos, así no ven esa desgracia.

- ¿Muertos? ¿Quién?

-Mi madre. Los del pueblo, quien van a ser...

Ha pasado una semana desde que Eusebio hizo su última visita a Florencia. La vio más frágil, como si un reloj con una cuenta atrás se hubiese puesto en marcha. Le entristece profundamente porque es una mujer buena a la que ha llegado a tenerle un profundo afecto.

Cuando suena el teléfono y ve en el identificador de llamadas “Residencia Florencia”, el corazón le da un vuelco. Florencia no tiene familiares directos, ni nadie en sus contactos de emergencia y como él ha estado visitándola regularmente, han creído oportuno avisarle.

Está ingresada en el Hospital con una neumonía que se está complicando. En unas horas, si no hay mejoría, se espera un triste desenlace. Aún hay un margen para poder visitarla y despedirse.

Despedirse.

Decirle adiós y tranquilizarla, lo que había querido hacer con su madre...

Eusebio se prepara para salir. Se lo va a decir a Ignacio porque si no ve el coche ni a él, se va a preocupar.

Ignacio no entiende porque lo han avisado y Eusebio le miente un poco. Le dice que había ido a visitarla en una ocasión y que, como Florencia no tenía a nadie en sus contactos de emergencia, pusieron sus datos.

Ignacio no es tonto y ve en sus ojos, que la explicación no le ha convencido.

Se ofrece a acompañarlo, pero Eusebio no quiere. Desea estar solo.

-Ya hablaremos después, ve a despedirte de Florencia.

La mujer está en un box de Urgencias. Con la mascarilla de oxígeno y sin su dentadura postiza, le parece un pajarillo frágil y accidentado. Antes de entrar, le han hecho vestirse con una bata, guantes y la mascarilla y ella parece no reconocerle. Aunque le han dicho que no lo haga, se saca la mascarilla y le muestra su rostro.

-Eusebio- le dice débilmente mientras sonríe- eres tú.

-Vaya, qué rápido me ha reconocido, Florencia. - le toma la mano, no le gusta el tacto de los guantes y se saca uno, el que acaricia los dedos de la mujer con cariño.

-Yo nunca olvido una cara. Mi memoria está en perfecto estado, aunque a veces me ha ido bien hacer ver que no, para vivir más tranquila en la residencia. Tú te diste cuenta desde el principio. – le guiña el ojo y se queda en silencio. Respira con dificultad.

-No hable, Florencia. Estoy aquí, tranquila.

-Pero quiero explicarte todo lo que querías saber. Quiero hacerlo. ¿No le dirás que no a una anciana a punto de morir? Es mi última voluntad.

A Eusebio, por primera vez en su vida, le da igual saber si Bronter era Bronter. No le importa nada. Está profundamente emocionado, sosteniendo la mano de Florencia.

-Sí, Eusebio. La foto que me enseñaste es la de Richard Bronter. Tu instinto de sabueso te guio correctamente en las pesquisas. Yo lo conocí. En la primera ocasión, como Richard Bronter, pero yo era una niña pequeña y prácticamente no lo recuerdo. En la segunda, como Arthur Kelly, el irlandés. El hombre que vivió con nosotras y que considero mi verdadero padre. Mi madre me explicó quién era realmente antes de morir. Toda la historia: se enamoraron en 1929 cuando estuvo aquí para su artículo sobre el románico, pero tuvo que volver a Harvard. Nunca se olvidaron. En 1933 apareció en el pueblo con una nueva identidad, una fortuna y dispuesto a quedarse toda la vida con mi madre. Y así ocurrió. Los dos vivieron y murieron en el pueblo y allí vivieron una bonita historia de amor. Fue tan preciosa que creo que, en mi intento de emularla, nunca he podido encontrar alguien que estuviera a la altura de lo que vivió mi madre. – respira profundamente. No parece tan cansada y hay un brillo especial en su piel - Él me enseñó muchas cosas: un nuevo idioma, historia del arte, caligrafía, redacción. Era mi maestro. Me hacía reír, me cuidaba. Adoraba a mi madre. ¡Mi infancia fue tan feliz, Eusebio! Le encantaba la fotografía y además de hacer fotos a sus queridas

iglesias románicas, hizo cientos de fotos del pueblo y de nosotras, todos, de la familia. - Se le humedecen los ojos.

-No tiene por qué continuar hablando, Florencia.

-Lo deseo. El recuerdo de lo que fue, así, no morirá. Cuando me fui estudiar, descubrí quién era Arthur en realidad. Es difícil leer algo de arte románico y que no aparezca su nombre. Vi su foto y lo supe. Arthur era el eminente historiador desaparecido. Yo ya era adulta y tomé la decisión de no decir nada, de no revelar su historia. ¿A qué fin? ¿Qué cambiaría? ¿Por qué disturbar al amor? Y así ha sido hasta que llegaste tú con la foto. Ahora he pensado que, explicándotelo, su memoria se mantendrá viva. Díselo a Ignacio, que él lo sepa.

-Descuide, Florencia.

-Pero, si puede ser, que quede entre vosotros. Sé que hay unos periodistas indagando por ahí... No me gustaría que se convirtiera en una historia de esas morbosas que nos ponían en la tele de la residencia. Hay cosas que no se entenderían: mi madre era viuda, él estaba casado, fingió su muerte... Harán relucir más lo oscuro que lo que es luz en esas vidas...

-Ud. es luz, Florencia. Guardaré la historia en mi alma y será nuestro secreto, se lo prometo. – le interrumpe un sonido de alarma de unas de las máquinas a la que está conectada. Una enfermera entra en el box y le ordena que salga.

Florencia le aprieta la mano y le sonríe por última vez.

El funeral es muy bonito. Una pequeña multitud llena la iglesia, la mayoría antiguos alumnos que recuerdan a su maestra de francés con especial afecto.

Un hombre trajeado está esperando en la puerta de la iglesia. Eusebio ve como uno de los cuidadores de la residencia le señala y, acto seguido, el hombre camina hacia ellos. También está Ignacio. Ha acompañado a Eusebio por respeto a Florencia y por apoyar a su amigo que había asimilado el fallecimiento de la anciana como si de un familiar se tratara. Sabe lo que le había pasado a su madre, así que no quiere profundizar en el motivo de la tristeza.

- Buenos días, ¿Sr. Eusebio Flórez? - El hombre se dirige a él directamente.

-Si, soy yo.

-En primer lugar, lamento mucho su pérdida. Mi más sentido pésame. Soy Mario Claros, abogado de Claros y Asociados. Le vengo a notificar que debe estar presente en la lectura del testamento de Florentina Veral. También el Sr. Ignacio Sancho, de Casa Cirilo. Me imagino que es Ud., ¿no? - pregunta mirando a Ignacio.

Éste está tan sorprendido como Eusebio. - ¿Está seguro de que nos busca a nosotros? - le pregunta confuso.

-Si son Eusebio Flórez e Ignacio Sancho, sí, los busco a Uds. El próximo miércoles a las diez de la mañana, ¿les iría bien? El despacho está en Huesca.

Se miran entre sí, sin saber qué decir, pero Eusebio reacciona y le responde que allí estarán.

-Le enviaré la ubicación al teléfono, pero en esta tarjeta están todos los datos.

– Le entrega una tarjeta de visita a Ignacio y otra a Eusebio – Lo dicho.

Lamento su pérdida. Hasta el miércoles. Buenos días.

En el viaje de vuelta al pueblo, Ignacio no para de hacer preguntas.

-A ver, ¿Cómo me van a citar a mí a una lectura de testamento de una señora que no conozco? Y, ¿a ti? ¿Qué tienes que ver con Florencia? Ninguno de los dos tenemos relación con ella...

Eusebio le explica sus visitas frecuentes a la residencia.

- ¿Y porque no me lo habías dicho?

-Como estabas eufórico con lo del irlandés, pensé que querías continuar con las preguntas y yo solo quería...visitarla. Me recordaba mucho a mi madre y quise compensar todas las veces que, pudiendo, no fui a verla.

-Me imaginaba algo así, Eusebio, pero confías poco en mí. No la hubiese interrogado, ese no es mi trabajo ¿Quién crees que soy? Ya vi que tenía problemas de memoria.

-No, de problemas de memoria, nada. Florencia estaba perfectamente. Te lo aseguro. Lo utilizaba a su conveniencia. Hablamos y mucho y tengo algo que decirte, Ignacio. - Eusebio respira profundamente-Ahí va, sin paños calientes: tenías razón. Arthur Kelly, el irlandés, era Richard Bronter. Vivió en el pueblo con Florencia y su madre, la viuda.

- ¡Joder! Lo sabía. ¡Lo sabía! -da un golpe en el volante con las manos y el coche se desvía ligeramente- Me lo tienes que explicar todo. De cabo a rabo.

-Fíjate en la carretera que, si no llegamos, no habrá nada que explicar.

Esa noche, Eusebio le cuenta la historia de amor de la viuda y el irlandés. Como Florencia creció con él, como si fuera su padre y, también, como supo, años después, que Arthur no era quien decía ser.

Se le escapan las lágrimas en varios momentos de la narración, pero sobre todo se emociona cuando le pide a Ignacio que conserven las historias de esas vidas en secreto. Ha reflexionado mucho sobre ello y, aunque su instinto policial le pide que contacte con la Interpol y facilite la información para resolver el caso, el Eusebio que ha conocido a Florencia desea respetar su intimidad. Todos los involucrados están muertos. Richard, la viuda, Florencia, la exmujer de Richard... Y no tuvieron descendientes, ninguno de ellos, así que la historia nació para morir y ser enterrada.

Ignacio está de acuerdo.

-Tienes razón, hay que dejar que descansen en paz, pero no por eso los vamos a olvidar, Eusebio. – Sonríe con expresión de triunfo- En fin, lo hemos resuelto, compañero. Hubiese sido un buen poli, ¿no te parece?

- Sí, hemos formado un gran equipo, Ignacio. - La Bruna ladra llamando la atención- Es verdad. Tú, Bruna, también, por supuesto-dice mientras el acaricia el lomo. Tiene hojas de margaritas enganchadas en el pelaje. Esa misma tarde, han ido al cementerio y han localizado un lugar soleado, donde han plantado margaritas. Florencia le dijo que las adoraba.

Espera que la Bruna haya dejado alguna en pie.

Lo que sigo sin comprender-continúa Ignacio ajeno a los pensamientos de Eusebio - es por qué nos han citado en la lectura del testamento. Con lo que me has comentado, entendería que fueras tú, pero ¿yo? Solo la vi una vez.

-No tengo ni idea, pero lo descubriremos el miércoles.

-Oye, ¿sabes que la Bruna lleva una margarita detrás de la oreja?

Les ha costado acceder al pueblo abandonado de Florencia.

Tienen que dejar la camioneta a más de un kilómetro del río, vadearlo, aunque no es difícil porque ya no hay tanta agua como antes y llegar al camino que lleva a la entrada del pueblo.

Una vez allí, tienen que desbrozar el sendero. Cada día, avanzan un tramo y en dos jornadas más, creen que podrán entrar hasta la casa de la viuda.

Han tardado casi una semana. El mismo tiempo que hace que asistieron a la lectura del testamento de Florencia.

A Eusebio, le legó tres cajas metálicas, que contenían fotos perfectamente ordenadas y clasificadas por año.

Ignacio aún estaba procesando lo que había pasado. De repente, era el propietario de los campos de viñas que circundaban el pueblo y una asignación económica suficiente para poder recuperarlas. El abogado le entregó una carta en la que Florencia le explicaba que, por Eusebio, había conocido de su interés por establecerse en el pueblo. En la misiva le expresaba su deseo de contribuir a que nuevas generaciones, gente joven y con ideas, acudiera a esos preciosos pueblos deshabitados o a punto de estarlo, para volver a darles vida.

Florencia acababa así: “Lo que te aseguro, querido Ignacio, es que, bajo este cielo, entre estos campos y montes, uno puede ser muy feliz. Inténtalo. “

Ese atardecer, dos hombres y una perra caminan hacia un pueblo abandonado en la Jacetania. Uno de ellos, el más mayor, lleva una caja en las manos.

Cuando llegan a la casa que buscan, la de la viuda, localizan el corral y el huerto y allí, en el rincón en el que Florencia bordaba las flores para los manteles de su ajuar, preparan una hoguera.

Se sientan alrededor, en los taburetes plegables que el más joven ha cargado todo el viaje.

El inspector Eusebio Flórez, el de más edad, abre la caja que ha depositado en sus rodillas. Florencia le dejó una colección de fotografías de arte románico que ha entregado a la Diputación para que pueda formar parte del archivo “Florencia Veral”, pero no las ha entregado todas.

En esa caja, están las fotos de una familia hermosa.

Una niña, una mujer y un hombre, queriéndose. Haciendo pan, tendiendo la ropa, jugando con margaritas, bordando manteles, jugando con las ovejas, comiendo en el campo, haciendo la matanza, al lado del macho cargado con cántaros de agua, bañándose en el río, cubiertos de barro, estudiando,

rodeados de libros, posando en los arcos de entrada de las iglesias, bailando, riendo, siempre riendo...

En las fotos se identifica perfectamente a Richard Bronter así que han decidido hacer algo que a Florencia le gustaría.

El cielo está rebosante de estrellas. La ausencia de la luz de la luna las hace más intensas, tanto que quitan la respiración.

Es un bello escenario para dejar caer aquellas fotos en el fuego.

La Bruna se ha sentado entre los dos y, juntos, observan en silencio cómo va desapareciendo el papel, mientras centellas doradas ascienden hacia el cielo.

Richard.

Inishtoffin, julio de 1933

La cabaña de pescadores tiene la puerta y las ventanas cerradas. La policía ha entrado después de la denuncia de desaparición del Sr. Richard Bronter, presentada por su mujer. Ella les ha entregado la copia de las llaves.

La cabaña está restaurada y además de los aparejos de pesca, hay dos cosas que no parecen pertenecer al lugar. No esperas encontrar una mesa de roble preciosa, atestada de notas y documentos y dos estanterías llenas de libros sobre arte románico, pero, el dueño de la casa es Richard Bronter, uno de los medievalistas americanos más famosos del mundo y multimillonario por herencia familiar.

Allí no hay nadie. Sólo libros...

En la isla, todo el mundo cree que el hombre que vieron paseando por los acantilados cercanos era Richard Bronter. Han llamado a los testigos que podían estar cerca de la zona. Todos están colaborando con la policía. No da buena fama que una persona desaparezca misteriosamente y menos si es un multimillonario americano. Cuando la policía les insiste en la confirmación de la identidad, dudan. Era alto, delgado, rubio, pero iba ataviado con una capa chubasquero y llevaba puesta la capucha.

Unos dicen que unas horas antes vieron un barco amarrado cerca de la cabaña, pero, del barco ni rastro.

La mujer de Bronter les ha dicho que había salido a pasear, como solía hacer cada día, lloviera o no, hiciera una temperatura agradable o un frío intenso, así que no le pareció raro.

Camile, que así era como se llamaba la Sra. Bronter, pensó que Richard se habría entretenido hablando con los pescadores.

Tardó siete horas en llamar a la policía.

Si Bronter no fuera Bronter, no hubiesen iniciado la búsqueda de manera inmediata pero el *mayor* de la isla había activado todas las alarmas. La noticia aparecería en la prensa internacional...

Mala reputación para Inishtoffin.

Richard Bronter es arqueólogo, historiador del arte en Harvard y medievalista de fama mundial. Sus trabajos más importantes han sido sus estudios la arquitectura y escultura románica. Además, es multimillonario. Proviene de una de las familias más antiguas, influyentes y adineradas de Connecticut.

Cuando le preguntaban, afirmaba que era un enamorado de Irlanda. Además de la casa de campo y la cabaña de pescadores en la isla, había comprado un castillo, el Castillo de Glenvigh, en Donegal. Se decía que el castillo tenía su propia manada de ciervos.

Inishtoffin es una pequeña isla irlandesa, no tiene más de cinco kilómetros cuadrados de extensión y viven unas cien personas que se dedican a actividades tradicionales como la pesca, la agricultura y la ganadería. No son buenos tiempos.

La Gran Depresión ha tenido un gran impacto en la economía del territorio y el nuevo *mayor* busca nuevas formas para activar su desarrollo. El paisaje pintoresco de la isla, con acantilados escarpados y playas blancas y su rica historia, con yacimientos arqueológicos que databan de la Edad de Piedra, la convertían en un gran destino turístico. La llegada de Richard Bronter, le había dado prestigio y una cierta relevancia internacional.

No, no es un buen momento para malas noticias desde Inishtoffin.

Durante más de ocho horas, la policía y los vecinos registran la isla. Finalmente, se declara oficialmente una posible muerte accidental por caída desde un acantilado.

No todos están muy convencidos con la resolución de la investigación. Los isleños saben que no es tan fácil morir al caer por sus acantilados. Sus formas suaves, el fondo marítimo que los rodeaba y las corrientes, hacen muy difícil un accidente mortal y, si así hubiese sido, esas mismas corrientes hubiesen hecho aparecer el cuerpo flotando en la bahía.

Camile ha participado en las batidas de búsqueda. La policía sospecha de ella porque está muy tranquila. Serena.

Segura de que no lo van a encontrar.

Y así ha sido.

El cuerpo de Richard Bronter no ha aparecido.

Richard ha dejado una pequeña embarcación en un saliente resguardado a la vista de los paseantes.

Han pasado tres semanas desde que le confesara a Camile, la verdadera naturaleza de sus sentimientos por ella y de la vida que habían construido juntos. Él sabía que ella tampoco estaba satisfecha con lo que eran, pero había sabido resignarse. Se refugiaba en sus aficiones: la fotografía, la literatura y sus amantes y él entendía aquellos escarceos amorosos porque tras su viaje a España, las cosas habían cambiado entre los dos. Se querían, sí, pero no estaban enamorados.

Cuando Richard conoció a la viuda, su percepción de la vida se trastocó. Ya no era suficiente la catedra de Harvard, sus estudios sobre arte románico famosos en todo el mundo, sus viajes como arqueólogo, su castillo en Irlanda...Lo único fundamental era Fermina, la viuda.

Camile se dio cuenta. En algún momento, descubrió que su marido estaba profundamente enamorado de otra mujer y que esa era la causa de los episodios depresivos que manifestaba. No solo no era feliz, sino que se estaba poniendo enfermo.

La noche en la que, entre lágrimas, todo se reveló, Camile tomó una decisión por los dos. *Vete con ella- le dijo-No esperes más tiempo. La vida es corta y te estás consumiendo, Richard. No te preocupes por mí.*

Pero no era tan fácil. El desprestigio por el divorcio, en la sociedad encorsetada en la que vivían, también afectaría a Camile. Se convertiría en una paria, entre todos esos colegas universitarios de pedigrí.

Durante muchos días y muchas noches, estuvo pensando cómo hacerlo. Tenía una gran fortuna y los medios para desaparecer sin ningún problema. Podía quedarse con lo que había en las cuentas de Suiza y vivir cien años. Y, Camile... No era justo dejarla sin nada. Entonces, se le ocurrió la idea.

-Camile, si eres viuda, puedes heredar todos mis bienes. Podrás seguir teniendo el castillo, la casa de Cambridge en la Universidad y dinero suficiente para que no te preocupes.

- ¿No te irás a suicidar, Richard? - Reaccionó horrorizada-Prefiero estar sin blanca que te me mueras.

-No, fingiré que he muerto. Un accidente. He pensado que caerse por el acantilado puede ser una opción. Nunca encontrarán mi cuerpo porque me iré. Cuando empiecen a investigar ya puedo estar de camino a Dublín.

-No sé, Richard. Déjame que lo piense. Tu plan, ¿significa que no te veré nunca más?

-Si queremos que salga bien, sí. No nos volveremos a ver, renaceremos y recordaremos esta gran amistad que nos unirá ya toda la vida.

- ¿Y si sale mal? ¿Y si no te espera nadie allí dónde vas?

-Son riesgos que afrontaré. Si no encuentro el amor, podré estar hasta el fin de mis días, rodeado de arte románico. Es mi única salvación.

A Camile le costó aceptar el plan, pero finalmente, consideró que era la única opción para no convertirse en dos seres desgraciados con una vida triste.

Richard preparó todo. El primer paso fue cambiar su testamento, legándole la totalidad de sus bienes a Camile. El notario, amigo suyo desde la infancia, le puso en contacto con un abogado que le fabricó una identidad falsa. Richard Bronter pasaría a llamarse Arthur Kelly Byrne. En Suiza, tenía una cuenta secreta a la que accedía con un código numérico que transfirió en su totalidad a Arthur Kelly.

A través de su abogado, compró una embarcación pequeña, en una de las islas vecinas y la dejó varada en un punto de la ensenada que no tenía visibilidad desde los caminos.

La única parte peligrosa del plan de huida era bajar hacia la playa por el acantilado, pero había elegido una zona en la que las aristas eran suaves y asemejaban escalones naturales. Muchos isleños la utilizaban para buscar moluscos en las rocas. De noche, nunca había nadie por allí.

El último día que iba pasar en Inishtoffin, el último día de su vida como Richard Bronter, era el 8 de julio de 1933.

Como si fuera cosa del destino, ese mismo día se iba a proceder a la devolución a España de la tapa del sarcófago de 1093, que él descubrió y llevó a Harvard, donde estuvo expuesto con mucha notoriedad.

No era una pieza cualquiera del arte medieval, con ella Richard había demostrado que la escultura románica ya se creaba en España en el Siglo XI. Pero, efectivamente, era una obra de arte española y no de su propiedad, pero, en el momento que él se la llevó, el país ibérico no hacía gala de interesarse por su patrimonio artístico. Más bien lo despreciaba y lo malvendía. Él le había dado categoría de reliquia.

Ese día, comió con Camile, se abrazaron por última vez y, aunque empezaba una tormenta, salió a pasear por los acantilados cercanos a la cabaña de pesca.

No se encontró a nadie por el camino. Llevaba una bolsa con agua y frutos secos, unas mudas y la nueva documentación. Andaba ligero, ayudado por el viento que empezaba a soplar con fuerza, pero sus pasos eran firmes, lo llevaban hacia la libertad. Hacia una nueva vida.

Solo miro hacia atrás una vez, antes de empezar a bajar con mucho cuidado, por las rocas del acantilado. Cuando llegó a la playa, respiró aliviado al ver que estaba la barca. Había superado el descenso, pero, si no tenía embarcación, el plan no iba a funcionar, pero allí estaba. La tormenta aún no se había enfurecido y aunque tuvo que sortear el oleaje, el viento lo ayudó en la travesía. A los cuarenta y cinco minutos de navegación llegó al puerto donde se cogía el ferry para ir a la isla de la que acaba de huir. Una vez allí, se dirigió a la estación del ferrocarril.

Entró en uno de los aseos públicos y se cambió de ropa. Horas antes de salir, se había cortado el pelo, casi al cero. Se puso unas gafas y un sombrero y esperó una hora hasta que llegó el tren que lo llevaría a Dublín.

Al llegar a la ciudad, sintió una sensación de felicidad inexplicable, pero sabía que debía ser cauto. No era una persona cualquiera, la noticia de su desaparición se haría pública en unas horas y no podía perder el tiempo. Su foto se publicaría en la prensa estadounidense y en la internacional, así que debía partir hacia Londres lo antes posible.

Aunque era difícil encontrar plaza en los vuelos comerciales que hacían esa ruta, Richard consiguió un billete pagando una suma considerable por el pasaje. Salía en cuatro horas.

Comió en el pub The Brazen Head y después cogió un taxi en Bridge Street Lover en dirección al aeropuerto.

Al día siguiente ya estaría en Londres...

Richard paseaba a orillas del río Támesis, sin pensarlo, sus pasos lo llevaban al Hotel Claridge's, donde siempre se alojaba cuando visitaba Londres, pero, a medio camino, decidió buscar una casa de huéspedes más modesta y discreta. En el Claridge's, aún con su cambio de aspecto, alguien podría reconocerle.

En Carnaby Street, encontró el Hospedaje Johnson, un lugar que le pareció limpio y ordenado. Reservó una habitación y empezó a planear su viaje a España.

De momento, en la prensa, no había ninguna noticia de su desaparición.

Sólo esperaba que Camile estuviera bien...

Al día siguiente, tomó el tren hasta el puerto de Dover. No había parado ni un segundo desde su salida de la isla, pero no se sentía cansado, todo lo contrario, más vivo que nunca. Desde allí, tomaría el transbordador que cruza el Canal de la Mancha hasta Calais, Francia. Una vez en Calais, tenía que coger otro tren hasta Paris y luego, a Hendaya, la ciudad más cercana a la frontera española.

Después, ya en España, el viaje a Huesca era largo y complicado debido a las limitaciones de infraestructura, pero llegaría al pueblo, a pie o a lomos de una mula como en su última visita, si hacía falta.

Casi lo había conseguido. Estaba en la frontera.

El control de pasaportes y aduanas tuvo el tren parado más de tres horas en Hendaya. Richard estaba nervioso, pensando que podían detectar que su documentación era falsa. Cuando llegó su turno y el policía le miró directamente a los ojos y después, miró su fotografía del pasaporte, sintió que lo habían descubierto pero el policía le devolvió los documentos y le preguntó por su destino.

-Irún – contestó con voz firme.

-Bienvenido a España, Sr. Kelly.

En el tren de Irún a Zaragoza, Arthur Kelly iba leyendo la prensa local cuando se topó con la noticia.

El corazón le dio un vuelco.

“Un cablegrama recibido de Irlanda da cuenta de la muerte del sabio arqueólogo americano, profesor de la Universidad de Harvard, Mr. Richard Bronter. Ardiente hispanófilo, dedicó gran parte de sus investigaciones al estudio de la arqueología medieval española, recorrió nuestro país repetidas veces y sobre él ha publicado un notable estudio sobre la cultura románica y numerosos artículos en revistas españolas y extranjeras, que resultan amenos e interesantes hasta para los no entendidos en cuestiones de arqueología. Desde su cátedra de la Universidad de Harvard ha formado un grupo de entusiastas de estos estudios, que seguirán la labor del maestro.

Sus obras "The Romanesque Sculpture of the pilgrimage Roads", "Spanish Romanesque Sculpture", "Lombard Architecture", son universalmente conocidas y elogiadas; desarrolla en ellas nuevas teorías sobre la formación del arte y hace notar cuestiones importantísimas que hasta él pasaron desapercibidas.

Aragón tiene una deuda de gratitud con Bronter, que demostró cumplidamente que la prioridad en la creación del arte románico pertenece exclusivamente a Aragón. Iguácel, Santa Cruz de la Serós y la catedral de Jaca son los primeros ejemplos de este arte, años antes que, en Francia, que se había atribuido la creación y que hasta hace bien poco el creerlo era dogma de la más pura ortodoxia artística.

Reciente la celebración del "Día de Aragón" en San Juan de la Peña, sería ingrato e injusto no dedicar un recuerdo a quien pasó gran parte de su vida difundiendo la civilización y la cultura de nuestra patria en algunos países donde era denigrada y despreciada. “

Llegó a Huesca cuatro días después. Le dieron la habitación 27 del Hotel Pedro I de Aragón. Abrió la puerta y sin molestarse en deshacer la maleta, se estiró en la cama.

Durmió hasta el día siguiente.

Fermina, la viuda.

A más de cien kilómetros de Huesca, el diario también había llegado al pueblo de Fermina. Nadie la llama así, si la querías encontrar, debías preguntar por *la viuda*. Su marido murió cuando su hija apenas tenía un año. Después de unas fiebres altas, empezó a adelgazar y en un mes, se fue con el Señor. La dejó viuda y al cargo de la pequeña Florencia, una hermosura de niña que debía criar ella sola.

El pueblo de Fermina consta de diez casas en línea recta y una plaza. La casa de la viuda es la que está más alejada de la plaza pero, por el contrario, es la que está más cerca de la iglesia y la escuela.

La casa es grande. Fermina la cuida con esmero. Siempre hay flores y un suave olor al laurel que seca en los jarrones. En la entrada, apila los cántaros de agua que va a buscar con el macho porque hay que ir a la fuente, debajo del pueblo, en el barranco. Intenta cargar lo máximo que puede en cada viaje.

Además de la casa y el huerto, heredó de su difunto marido un campo de trigo y uno de cebada, unas viñas, cincuenta ovejas, veinte cabras y tres cerdos. Es autosuficiente, gracias a Dios, y siempre hay algo de comida con la que ayudar a los que menos tienen. Sabe leer, gracias a la insistencia de su madre para que fuera a la escuela y le gusta escuchar música, pero en el pueblo solo un vecino tiene radio y con la niña y el trabajo de la casa, pocas veces puede acudir a la plaza a oír las noticias o escuchar unas jotas.

Además, ella siempre está pendiente de todos. Cuando llega el cura al pueblo y tiene hambre, los vecinos le dicen que vaya a casa de la viuda. Cuando el cartero, quiere un vaso de agua y sentarse un poco, también va a parar a casa de la viuda. Los gitanos que acampan en los campos de trigo y la ayudan en la recolección, recogen el puchero que les prepara, cada día, la viuda. Les regala ropa para los niños y los deja que jueguen con Florencia en el solano. La viuda es una buena mujer-dicen todos.

Cuando se mira en el espejo, ella ve una mujer cansada.

Solo en una ocasión, desde el fallecimiento de su esposo, vislumbró la felicidad.

Recuerda perfectamente aquel día.

El mes, septiembre. El día, veintiuno.

Llamaron a su puerta y cuando abrió, se encontró a un vecino con un hombre, desfallecido, colgado de sus brazos. Detrás, lo acompañaba el pastor que estaba en la pardina en lo alto del monte, sosteniendo las bridas de una mula.

-Viuda, este forastero necesita ayuda.

- ¿Qué le ha pasado?

-El pastor lo ha visto todo. Se acercaba al corral a lomos de la mula. No iba recto, el animal estaba nervioso e iba dando tumbos. La mula se ha enrabietado y lo ha tirado barranco abajo.

-Llévenlo a la habitación de la maestra, por favor.

Fermina también acogía en su casa a la maestra que tenía el turno en la Escuela Nacional cada vez que enviaban a alguien. Llevaban varios meses sin noticias de la maestra ni del maestro sustituto. En la habitación, había una cama amplia. Les indicó que lo estiraran allí. No quiso que se fueran. No conocía a aquel hombre, vestido con ropas caras y no creía decoroso quedarse a solas con él, pero el pastor se despidió apresuradamente. Tenía que volver. Los animales estaban solos. El vecino, se sumó al pastor y la viuda se quedó sola con el hombre desconocido.

Con mucha delicadeza, palpó sus piernas y sus brazos. No parecía que hubiese nada roto. El rostro estaba cubierto de tierra y hojarasca. Fue a buscar unos paños y una palangana de agua y lo limpió cuidadosamente. Cuando le pasó el paño húmedo por la frente, el hombre se despertó.

- ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Hablaba en su idioma, pero su acento era extranjero.

-Señor, se ha caído de la mula. ¿Cuál es su nombre, si me lo permite?

-Me llamo Richard Bronter. Soy historiador, americano, y he venido para estudiar la arquitectura románica de la zona. Iba hacia Jaca.

- ¿Americano? ¡Qué lejos está eso, por Dios! Hay uno, en el pueblo de al lado, que se fue a América, a Argentina, pero ya ha vuelto. Se ha construido una casa que se llama Casa Americano. – Fermina se da cuenta que está hablando mucho. Cuando el rostro de aquel hombre ha quedado a la vista, ha observado su belleza, pero al abrir los ojos, se ha quedado deslumbrada con ese color verde brillante- Perdón , hablo mucho. Soy Fermina, aunque por aquí todos me llaman *la viuda*. Creo que no se ha roto ningún hueso y me alegra que haya despertado. No hubiese sabido que hacer. ¿Por qué no intenta moverse un poco a ver si le duele algo?

-Gracias, Fermina. No sé cómo agradecerle su ayuda y hospitalidad. No sé qué le ha pasado al animal, pero ha empezado agitarse y me ha tirado al precipicio.

Richard, como ha dicho que se llama el extranjero, intenta moverse, pero hace un gesto de dolor. Le duelen mucho las piernas y el brazo derecho. Al levantarle la pernera del pantalón, la viuda ve que tiene contusiones. Seguro que habrán sido las piedras del barranco.

-No se preocupe Richard. No sé si quiere avisar a alguien. No hay teléfono, pero mañana viene el cartero y puede notificar a quien Ud le diga que está aquí.

-He venido solo. No tengo a quien acudir. Me esperan en Jaca, eso sí, pero no confirmé la fecha porque quería dar una vuelta por estos pueblos. Tienen iglesias románicas que me han impresionado mucho y esa es mi especialidad.

-Antes de que parta para Jaca, puede probar unos días en los baños. Se sentirá mejor y podrá llegar de una pieza.

- ¿Los baños?

-Si es una balsa natural que está cerca del pueblo que produce unos barro curativos. Y hay una fuente que emana un agua que huele mal, pero cura todos los males.

Richard se fija por primera vez en la viuda. Ha estado hablando sin parar y él estaba muy aturdido, pero ahora, que está más centrado, la ve. Es una mujer alta, no tanto como él, pero más alta que cualquier mujer que haya conocido. Su cuerpo, tapado con un vestido oscuro y un mandil de algodón azul, no puede esconder sus formas voluptuosas. Se la ve fuerte y muy ágil.

Tiene el pelo del mismo color rubio que él y lo lleva recogido en un moño tirante que hace resaltar aún más unos grandes ojos azules.

Ella se siente observada y se remueve nerviosa. Él retira la mirada.

-Voy a traerle un poco de agua y algo de comer. No se mueva.

La viuda nunca olvidará el corazón palpitante y las extrañas mariposas que volaban en su estómago al salir de la habitación.

Pero esos días ya están muy lejanos para ella.

Acaba de arreglarse para ir a misa con la niña. Después, estarán un rato en la plaza para que juegue con los otros niños del pueblo.

Mientras Florencia corretea feliz, ella lee el diario Aragón. Los domingos, Celestino se lo deja cuando él lo acaba. Le gusta leer y enterarse de las últimas noticias y en esta ocasión tiene interés en ver el cartel de las próximas fiestas del Pilar.

“Ha muerto un divulgador del arte aragonés” ve en el sumario. El tiempo se para su alrededor y deja de oír las risas de Florentina. Busca la página con nerviosismo, rogando al Dios que no sea él.

“Un cablegrama recibido de Irlanda da cuenta de la muerte del sabio arqueólogo americano, profesor de la Universidad de Harvard, Mr. Richard Bronter (...)”

La viuda se despide de sus vecinos y coge de la mano a Florencia. La hace caminar más rápido de lo que la niña puede, pero necesita llegar a casa y encerrarse en la habitación para poder llorar.

El llanto la está desgarrando por dentro.

Richard ha muerto.

Se ha ido de este mundo. Siempre tuvo la esperanza de verlo aparecer, de nuevo, en la puerta de su casa. Él se lo dijo antes de irse: *Volveré, querida. Te lo prometo. Te quiero.* Ahora, la esperanza, tan lejana y diminuta, pero que le daba suficiente energía para vivir, se ha ido con él.

Florencia tiene deberes. La niña contesta a las preguntas del maestro antes que sus compañeros y le han puesto de castigo escribir cien veces: “Solo hablaré cuando el maestro me pregunte”. Le dice que tiene que hacerlo, enciende un candil y deja a Fermina en la mesa, escribiendo fatigosamente.

Ya en su habitación, saca un pañuelo del armario, uno que había sido de Richard y en el que ella aún percibe un tenue rastro de su aroma, se lo coloca en la boca para amortiguar el sonido y empieza a llorar desconsoladamente.

Y así está hasta que Florencia la reclama. Ha acabado su castigo y tiene hambre.

Mientras le prepara la comida, la niña le pregunta que le pasa en los ojos que los tiene rojos e hinchados y ella le dice que sin querer ha tocado una ortiga con las manos y se la ha pasado por la frente y los ojos.

La viuda.

Siempre viuda.

Pasan unos meses tristes, en lo que la viuda deambula por el pueblo con la mirada perdida. Sigue atendiendo a todos sus quehaceres, ayuda a los gitanos, se ocupa de organizar la recolección de cebada y fabrica jabón con la grasa de los animales.

Los vecinos son pocos y, cada vez son menos. Desde que el rayo alcanzó el transformador y el pueblo se quedó sin electricidad, son muchas las familias que están pensando en abandonarlo. Ahora, cuando oscurece, prenden los candiles y las teas.

Llega el mes de septiembre y con él, los recuerdos.

Siete años, ya ...

Hacía frío para ir a los baños, pero Richard estaba muy magullado por la caída al barranco y era la única medicina a su alcance.

Fueron paseando hacia la foz, lentamente, al paso que el hombre podía, hasta la zona de los baños y la fuente. Entre los árboles, se escondía una balsa rodeada de piedras que no tendría más de un metro de profundidad. Aquel día solo había una persona que ya había acabado de embarrarse, pero era un lugar concurrido por las propiedades curativas de los barroes que producía aquel agua.

Eran muchos los que se habían curado con el remedio de los baños. Incluso, la viuda, había acudido allí después de unas semanas de dolor intenso en la espalda y este había desaparecido.

Richard parecía tener dudas de su utilidad y le había preguntado si podía encontrar un coche o chófer que lo llevara al dispensario de Jaca. La viuda se rio a gusto cuando preguntó por lo del coche, pero sí que recordó que en dos días se acercarían los de la venta ambulante al pueblo. Les podía preguntar si lo podían llevar porque normalmente, iban en dirección a Jaca. Aquello pareció convencerlo y aceptó aplicarse el remedio de los baños.

La viuda le indicó que se sacara los zapatos, el jersey, la camisa y los pantalones. Solo debía dejarse la ropa interior. Además, esa ropa se iba ensuciar, igual que la que llevaba. A Richard le costaba moverse y la viuda lo ayudó a desnudarse. Después, lo ayudó a entrar en la balsa y a frotar con barro todas las partes de su cuerpo que estaban doloridas y, a pesar del dolor, no dejó que lo ayudara en eso, porque la cercanía de aquella mujer empezaba a perturbarlo.

Después, totalmente cubierto de barro, se sentó al sol para dejar que se secara. La viuda se sentó a su lado y le explicó la historia de los baños y sus beneficios curativos.

Venían personas de muchos lugares, incluidos los peregrinos que hacían el Camino de Santiago, para utilizar ese barro y beber el agua de la fuente. La luz iluminaba su rostro mientras le hablaba y a él le pareció estar en el sitio más bello del mundo, aunque aquel agua olierá tanto a azufre...

Cuando el barro ya se cuarteaba, la viuda le hizo vestirse sin lavarse antes.

-Dormirás con él y mañana, otra vez a la balsa.

Y así pasaron los días. Los días más felices de la vida de la viuda.

Richard no volvió a preguntar por Jaca ni siquiera al cartero, y los vendedores ambulantes no aparecieron. Los vecinos lo aceptaron con agrado: el americano parecía buena gente, los invitaba a todos a vino y había aprendido muy rápidamente a jugar al guiñote. Se pasaba las horas, deambulando por la iglesia, mirando sus piedras, una a una y haciendo fotografías de los arcos de la entrada.

También había hecho buenas migas con Florencia. La niña lo acompañaba a las visitas a la iglesia y le pedía que le hiciera fotos continuamente. Se habían acostumbrado a ir juntos a hacer el pan al horno comunal y cada noche, antes de irse a dormir le explicaba una historia sobre excavaciones arqueológicas e iglesias románicas como si fueran aventuras trepidantes.

A Florencia a le gustaba escucharlo con aquel acento especial “hablas raro”, le decía siempre que empezaba a relatarle uno de sus cuentos.

Después, más adentrada la noche, de una forma natural, ocurrían cosas preciosas en la cama de la viuda.

Y hablaban mucho. Se iban conociendo sin dejar un rincón por explorar.

Los Barros ya le habían hecho efecto, cosa que Richard calificaba de milagro, y se encontraba ya en plena forma, pero ... no se iba.

Se acostumbraron a vivir así, hasta la primera nevada. Ese día, a principios de diciembre, a pocos días para las fiestas del pueblo, estaban preparando la sala de la escuela para el baile porque el tiempo se preveía muy frío y no podrían hacerlo en la plaza, cuando llegó el cartero. Preguntó por la viuda, ya que tenía varias cartas para ella. Cuando llegaba al pueblo, en bicicleta si podía, vadeando el río con ella a cuestas, le pedía un vaso de agua y que le permitiera sentarse un ratito. Aprovechaban para ponerse al día de las noticias de los otros pueblos, familiares y lo que pasaba en Jaca.

Y ese día la viuda hizo lo mismo.

Richard se había ido a dar un paseo con la niña hasta las pequeñas viñas y estaba sola en casa. El cartero le explicó que el hijo de una conocida se iba a casar con una chica de Pamplona, que había muerto la madre de una de sus compañeras de escuela y que, en Jaca, andaban alborotados buscando a un extranjero que tenía que estar en la ciudad para una conferencia sobre la tumba de Doña Sancha en el convento de las monjas Benedictinas y no había aparecido.

El cartero se despidió, agradeciéndole su amabilidad, pero ella ya no oía sus palabras. Estaba ausente cuando cerró la puerta...

Se lo tenía que decir a Richard.

Y sabía que eso, sería el final de todo aquello que ahora era su vida

A los dos días, se despedía de él. Un vecino lo llevaría con sus mulas hasta el autobús para que pudiera llegar a Jaca.

La noche antes de su partida, él le dijo “*Volveré, querida. Te lo prometo. Te quiero.*”

Y ella lo creyó.

Lo había creído durante todos estos años.

Con toda su alma. Con toda su esperanza.

Richard, el americano, volvería.

Pero, no.

“Un cablegrama recibido de Irlanda da cuenta de la muerte del sabio arqueólogo americano, profesor de la Universidad de Harvard, Mr. Richard Bronter (...)”

Una mañana, la viuda oye a su hija gritar desde la ventana. Al principio se asusta, pero detecta alegría en la voz de Florencia.

- ¡Char! ¡Char! Está aquí Char, mama.

¿Char? Así es como la niña llamaba a Richard. Tenía apenas cuatro años y había aprendido la palabra Char y así se había quedado. ¿Cómo podía acordarse de eso si era tan pequeña?

Florencia ya ha abierto la puerta de la casa y corre hacia el hombre que camina por la calle principal. Lleva una maleta en la mano, una gorra y gafas de sol. Su físico se asemeja al de Richard, pero no ve su cara. Además, no puede ser él.

Está muerto.

Florencia ya lo ha alcanzado. El hombre se para, deja la maleta en el suelo y la alza en sus brazos. Da vueltas con ella en el aire, con los pies flotando al viento. La niña ríe emocionada. La viuda se queda sin respiración, ha visto muchas veces ese gesto, antaño, pero... no, es imposible.

Se acerca apresuradamente hacia la inesperada pareja. Caminan cogidos de la mano.

-Florescia, vuelve aquí inmediatamente- Le espanta que su hija tenga tanta familiaridad con un extraño- por favor te lo pido, hija mía.

Ya están a escasos metros.

Fermina, la viuda, siente un escalofrío.

El hombre se para. Suelta la maleta, se saca la gorra y, después, las gafas de sol.

La mira a los ojos con un gran sonrisa. Mientras Florescia grita con júbilo: Mama, ¡es Char!

De repente, todo se vuelve negro.

Cuando recobra el conocimiento, Fermina está estirada en su cama y el hermoso rostro de Richard está muy cerca del suyo.

-Querida mía, te dije que volvería.

No puede ser. Esto debe ser un sueño-piensa la viuda, pero la mano de Richard le toca los labios y siente que esa caricia es demasiado real.

-Así empezó todo, ¿no? Uno de nosotros desvanecido y el otro atendiéndole a pie de cama.

Fermina se incorpora de golpe.

- ¿De verdad eres tú? ¿Cómo es eso posible? Leí en el Diario Aragón que habías muerto.

-Desaparecí y me dieron por muerto. Es muy largo de explicar y quiero hacerlo. Quiero que lo sepas todo. Voy a estar abajo con Florencia y comeremos algo. Por cierto, es una niña preciosa. Si te parece, te subimos algo para ti en un rato, Ahora, descansa, mi amor. - la besa suavemente en los labios y cierra la puerta.

La viuda sigue pensando que todo eso es un sueño.

Se siente muy cansada.

Poco a poco, se le van cerrando los ojos...

Oye unas voces amortiguadas. Parecen risas.

Será Florencia haciendo sus tareas.

Se ha quedado dormida sin querer y ha tenido un sueño increíble. Baja las escaleras aún adormilada y, en la mesa, ve a Richard sentado, dibujando con su hija.

Es verdad.

Richard ha vuelto.

Su alegría es tan profunda que chilla, da vueltas sobre sí misma, abraza a su hija, abraza a Richard, se abrazan los tres, llora, ríe...

Ahora, está sentada al calor del fuego, con una taza de manzanilla en las manos y rodeada por los brazos del americano. La niña ya está durmiendo después de un día de emociones intensas.

Richard le está explicando su historia. Nunca le confesó que estaba casado y le sorprendió saber el acuerdo al que había llegado con Camile, su esposa. Eso la disgustó un poco, pero era tal la felicidad que sentía que olvidó su malestar en un instante.

Ahora Richard era Arthur Kelly. Viajó con su identidad falsa por Dublín, Londres, Calais y Paris hasta que llegó a Hendaya y allí cruzó la frontera. En la maleta, llevaba dos mudas, un libro, su cámara de fotos y dinero en francos suizos que le cambiaban en Francia. Había lo suficiente para comprar un pueblo entero, le dijo. Pero a ella, no le preocupaba el dinero. ¿Cómo explicarían su presencia en el pueblo?

-He visto que hay menos luces – le comenta Richard

-Desde la última vez que estuviste, se han ido varias familias. Quedan cuatro casas abiertas.

-Lo lamento mucho, Fermina, pero eso es bueno para nosotros. Menos gente a la que convencer. A ver qué te parece esto: me llamo Arthur, pero me pueden llamar Artur o Arturo si quieren. Soy irlandés pero mis abuelos eran españoles, por eso hablo el idioma. Analizo las iglesias románicas y me han destinado a estudiar esta iglesia por si se pueden invertir fondos para conservarla. Eso siempre gusta y el dinero, convence. Además, quiero hacerlo de verdad. Y son cuatro vecinos, ¿no? Será fácil, ya lo verás, mi amor.

La viuda ha rejuvenecido, comentan todos los que la han conocido. Y es que la felicidad se le escapa por los ojos, por la boca, en las manos y en los andares.

Los días transcurren tranquilos.

Florencia crece sana y alegre. Le ha costado acostumbrarse a llamar Arthur a Richard, pero, al final, lo ha conseguido. Parece haber olvidado aquel “Char” que pronunció cunado lo vio después de años de ausencia. Le han explicado que viene de una isla lejana, Irlanda y que se va a dedicar a conservar las iglesias del pueblo y de los de alrededor. Florencia está encantada con la cámara de fotos que acompaña a Arthur en su día a día. Él se las ha ingeniado para montar un cuarto de revelado en un antiguo corral abandonado y ya son cientos las fotos de iglesias y de la niña haciendo monerías. En varias ocasiones, han usado un trípode y se han hecho fotos los tres, pero tiene cuidado de que nadie las vea. Están escondidas...

Nadie puede descubrir la verdad.

En el pueblo cada vez quedan menos habitantes. Sería una maldición si no fuera porque les da la privacidad que necesitan para vivir su historia de amor y ... de familia. Por eso la viuda está rejuvenecida. Tiene una preciosa familia. Tiene amor.

Hoy está especialmente contenta. El vendedor ambulante ha traído pescado fresco de San Sebastián y lo va a preparar como lo hacía su abuela. Además, ha pasado el Tío Sapo y ha comprado hilos, telas y una blusa muy bonita que va a estrenar en la comida. Es blanca con un estampado muy suave de margaritas amarillas.

Pasea hasta la plaza sin encontrarse con nadie. Oye la radio, al final de la calle. Sólo quedan dos casas habitadas y los vecinos ya son mayores. Se acercará hasta allí para ver si están bien y si necesitan algo.

Se alegran de verla, pero hay tristeza en su expresión.

Están desanimados. Le dicen que se quieren despedir. Los de Casa Fozal se van a ir a Pamplona, con unos familiares y los de Casa Pastor, a Francia porque han oído que va a haber guerra.

Le causa una gran impresión saber que se van a quedar solos en el pueblo. Mira la calle, la plaza, y el horno comunal donde tantas veces ha guardado turno con los vecinos para hacer el pan del día. A lo lejos, la escuela, vacía ya hace muchos años. Y, la iglesia. Sin cura, ni misas...

Cuando Richard y Florencia regresan de su paseo, le explica las últimas noticias. Hace semanas que están hablando de ir a otro lugar para que Florencia vaya a la escuela y esté con otros niños, pero, finalmente deciden no irse del pueblo. Allí están resguardados y tienen todo lo que necesitan.

Richard le está enseñando como si fuera su maestro, incluso la niña ha aprendido a hablar inglés, lo que a la viuda no le gusta porque le parece peligroso por si lo descubren y porque el inglés no le va a servir para nada, mejor el francés, que el país está más cerca.

-Además, cuidaremos la iglesia. - le dice Richard- cuando hay guerras, lo primero que se hace es expoliar el arte más valioso y esto que tenéis aquí es de un valor incalculable.

Meses más tarde, gracias a unos amigos parisinos de Richard, pueden poner a salvo a Florencia en un internado mientras la guerra continua.

Se quedan los dos solos, la viuda y el irlandés...

Eusebio y la Bruna.

Ignacio y Daniela.

En un pueblo de la Jacetania, 2024

Ha nevado mucho.

Eusebio está sentado delante del fuego mientras paladea el café de la mañana. Oye la pala de Ignacio, sacando la nieve de la calle. Se ha acostumbrado a él y a Daniela, su novia, que por fin se ha decidido a instalarse en el pueblo. Es una mujer muy agradable y él y la Bruna se han prendado de ella.

Están intentando sacar a adelante un proyecto ecológico en las viñas. Los dos son inteligentes y emprendedores y andan todo el día liados con la documentación para las subvenciones. Las necesitan para complementar lo que Florencia dejó a Ignacio que, tras los impuestos, se quedó en poco.

Eusebio se ha quedado espantado por la cantidad de papeleo que tienen que presentar. Son jóvenes y tienen ganas, porque si no, es para rendirse.

¡Quién sabe!, si todo va bien, pueden ser los segundos vecinos permanentes y formar, allí, una familia.

A la Bruna le encantan los niños...

Eso le hace pensar en aquella otra familia, la de la viuda.

Se lleva la mano al bolsillo del pantalón. Se quedó una única foto del legado de Florencia. La guarda en su cartera. En ella, delante del horno del pueblo Fermina, Richard y Florencia posan sonrientes. A él, prácticamente no se le reconoce con bufanda, gorro y gafas de sol. La fecha está consignada en el reverso: abril de 1937

Los tres sobrevivieron a la guerra civil. Florencia estuvo en Francia hasta el final de la guerra y la viuda y Richard, estuvieron escondidos en el pueblo.

Observa la mirada resplandeciente de la viuda y se enternece. Fermina, no escapó a su destino y volvió a enviudar. El irlandés como ella lo llamaba, enfermó y murió en 1943 a los sesenta años.

Fermina vivió hasta los 75 años y nunca abandonó el pueblo. No quiso irse a vivir a Jaca con su hija. Murió mientras dormía.

A Eusebio le gustaría que Florencia pudiera ver su pequeño pueblo sin maleza, la iglesia con un proyecto de restauración casi aprobado y las viñas, que empezaban a renacer de la mano de Ignacio y Daniela.

Abre la puerta y sale a la calle. El día es magnífico. Saluda a Ignacio, le da las gracias y pone rumbo a la iglesia.

Desde lo de Richard Bronter, le interesa la arquitectura románica. Hasta ha ido al convento de las Benedictinas a ver la tumba de Doña Sancha. Ahora, es colaborador voluntario en las visitas guiadas a la iglesia del pueblo que se han ampliado a todo el año.

Oye un coche que se acerca. No, son dos.

Pensaba que con la nevada no iba a venir nadie, pero, se ha equivocado. Siete personas aguardan a Eusebio en la entrada.

La Bruna se le acerca y le iguala el paso.

Cuando llegan ante los visitantes, inician su coreografía. Lo tienen perfectamente ensayado.

La Bruna ladra tres veces. Siempre tres. Eusebio abre el portón de la iglesia con una reverencia y dice con voz emocionada: *Bienvenidos a esta joya románica del S.XII.*

Y es que es una joya...

Making Of

Esta historia es ficción basada en hechos reales.

Arthur Kingsley Porter.

Sí que existió el “Indiana Jones del Alto Aragón” y se llamaba Arthur Kingsley Porter. Realizando tareas de documentación me topé con este artículo del Heraldo de Aragón (<https://www.heraldo.es/noticias/ocio-y-cultura/2020/11/09/indiana-jones-en-jaca-e-iguacel-1404284.html>) que sirvió para dar forma al personaje de Richard Bronter.

Arthur Kingsley Porter (1883-1933), el verdadero, fue un arqueólogo, historiador del arte y medievalista estadounidense. Fue presidente del departamento de historia del arte de la Universidad de Harvard y fue el primer estudioso estadounidense de arquitectura románica en lograr reconocimiento internacional. Porter desapareció en 1933. Sus contribuciones académicas más importantes fueron sus estudios revolucionarios y sus conocimientos sobre la difusión de la escultura románica. Su estudio de la arquitectura lombarda también sigue siendo el primero de su clase. Dejó su mansión de Cambridge, Elmwood, a la Universidad de Harvard, donde ha servido como residencia oficial del presidente de Harvard desde 1970.

El apodo *Indiana*, proviene de la historia del *Sarcófago*.

Se llevó a Harvard el sarcófago encargado por el conde Pedro Ansúrez en 1093 para su pequeño hijo Alfonso y lo donó al Museo Fogg de la universidad. El descubrimiento de la losa funeraria le dio a Kingsley la prueba que había estado buscando de que la escultura románica se practicaba en España durante el siglo XI. Fue considerado un objeto de arte de valor incalculable.

En 1931, Jacobo Fitz-James Stuart, el decimoséptimo duque de Alba, y el gobierno español reclamaron el sarcófago a Harvard, pero Alfonso XIII de España fue derrocado y se paralizaron los encuentros, por lo que la losa siguió en el Museo Fogg. Las negociaciones se habían reanudado ese mismo año y, finalmente, la tapa del sarcófago sería devuelta a España el 8 de julio de 1933, el mismo día que desapareció.

La vida de Arthur Kingsley Porter se ha seguido investigando hasta nuestros días.

En el 2012 Lucy Costigan publicó el libro *Glenveagh Mystery: the Life, Work and Disappearance of Arthur Kingsley Porter*. En el 2021 se realizó un documental de radio de RTÉ y el último, en el 2022, “Ar Iarraidh” (Desaparecido) del canal TG4 irlandés.

Su desaparición sigue siendo un misterio

Los pueblos.

Los pueblos en los que discurre esta historia pueden ser cualquier pueblo, por eso no hay topónimos. Habitado o deshabitado. Pequeño o más grande.

Lugares que, han quedado olvidados y que forman parte de lo que denominan la España vaciada o vacía y que merecen ser observados desde otras perspectivas: la de la calidad de vida, la de la vuelta a los orígenes, la de la sostenibilidad.

Este autor/a tiene la esperanza que gente joven, como el personaje de Ignacio en esta novela, que representa a todos aquellos jóvenes que apuestan por recuperar esos espacios, tengan la colaboración de todos los *actores* imprescindibles que pueden ayudar a llenar de proyectos, de vida y de continuidad nuestro enorme y maravilloso paisaje rural.

Necesitamos más almas que los alumbren.

Barcelona, marzo del 2024